



SOÑABA...

(Cuadro de costumbres bonaerenses)

•
POR

CLARO TALVEZ



BUENOS AIRES

Establecimiento Tipográfico LA AGRICULTURA, Cuyo 327.

I

MISTERIO

El 15 de Julio de 189 notábase inusitado movimiento en la calle Reconquista entre las de General Lavalle y Tucumán, particularmente frente á la casa del Dr. Alreves marcada con el número 5

Se corría la voz de haberse visto entrar en ella varias personas de aspecto grave, que algunos sostenían era el juez de instrucción acompañado del escribano y testigos, y no faltaba quienes afirmaban que en su interior se había cometido un crimen.

Estas murmuraciones no dejaban de tener su viso de verdad aun cuando no fueran del todo exactas: la justicia había

penetrado efectivamente en la casa expresada.

El aspecto sombrío de la mansión, el silencio profundo que en ella reinaba y un aire húmedo y sofocante impresionaban tristemente el ánimo no bien se entraba allí.

—¿Cuánto tiempo hace que vuestro amo no ha vuelto?—preguntó el juez á uno de sus acompañantes.

—Cinco días, señor.

—¿Notabais algo extraño en estos últimos tiempos?

—Sí, señor juez; desde hace próximamente un mes, el carácter de mi amo había cambiado por completo: de dulce y suave se había vuelto taciturno y colérico, todo le disgustaba; solamente yo he podido soportarlo: los demás criados poco á poco dejaron su servicio. ¡Se le ocurrían cosas tan raras!

—Continuad—dijo el magistrado; la justicia debe informarse de todo.

—Bien, señor; lo que es voy á contar es tan extraño que tal vez no lo creáis en

el primer momento, pero podéis tomar informes y veréis como no es engaño.

Me acuerdo perfectamente, fué á mediados del mes; por la mañana nos manifestó tener ocupaciones en el campo y que probablemente estaría ausente uno ó dos días; como á las seis de la tarde, un fuerte campanillazo hizo acudir á su dormitorio, la pieza cerrada de la izquierda, y allí le encontramos á medio vestir, una palidez cadavérica cubría sus facciones bañadas de sudor, los ojos se le salían de las órbitas, un temblor convulsivo agitaba su cuerpo y todo él parecía presa de un terror espantoso; pidió un vaso de agua y nos ordenó, más bien dicho, nos suplicó que en adelante dejásemos entrar en la casa á cualquier animal y además tuviéramos la puerta siempre abierta.

Debo hacer presente, aunque tal vez no tenga importancia—continuó el fámulo—que ese día un perro había intentado entrar varias veces.

Desde entonces, mi amo llevó una vida extraña: entraba y salía sin saber

cómo ni cuándo lo hacía, muchas veces creíamos que estaba ausente y la campanilla de su dormitorio nos llamaba á su presencia sin que nos hubiésemos apercebido de la llegada; otras, por el contrario, veíamos con asombro que había salido, sin haberlo notado, y eso que á propósito nos pusimos á vigilarlo, pues nos llamó la atención su modo de vivir.

Durante este tiempo hemos visto entrar uno que otro perro ó gato, y una noche, como á las dos de la mañana, creí oír ladridos en su pieza; los demás nada oyeron y supuse habría sido ilusión mía.

Olvidábame decir que la puerta del dormitorio se abría y cerraba mediante un resorte, solamente conocido por él, y que ella permanece cerrada desde la última vez que lo vimos, es decir, desde el lunes pasado.

—Sí nada tenéis que añadir, procederemos al registro de la casa. Sargento, un cerrajero para abrir esta puerta—dijo el juez, dirigiéndose á uno de los gendarmes y señalando la puerta de la izquier-

da—mientras tanto recorreremos las demás habitaciones.

Nada de nuevo se encontró, todo estaba en su lugar, el misterio continuaba, faltando examinar tan sólo el dormitorio: ¿estaría allí la clave?

Algunos instantes de expectativa ansiosa, la puerta comenzó á ceder á los esfuerzos del cerrajero y por fin giró sobre sus goznes dejando ver el interior de la pieza; nada, todo estaba también en perfecto orden allí, el ligero polvo que cubría los muebles y algunas telarañas demostraban que nadie había penetrado en la habitación desde bastante tiempo atrás.

Ya iban á retirarse sin haber podido aclarar en lo más mínimo el enigma que rodeaba la desaparición del Dr. Alreves, cuando la mirada penetrante del juez se detuvo sobre un libro colocado en un estante y en cuyo lomo se leía tan sólo la palabra «Yo».

Picado por la curiosidad tomó el volumen, y grande fué la extrañeza de los presentes cuando al abrirlo pudieron ver

que no estaba impreso, sino manuscrito; al cabo de un instante y después de haberlo hojeado ligeramente, el magistrado se sonrió, exclamando:—Ya tenemos el misterio aclarado: este cuaderno nos lo va á decir todo; como veis, la primera página está firmada por el doctor Alreves, y en la portada dice «*Mi Vida*».

He aquí lo que el juez leyó:

II

PRIMERA TRANSFORMACIÓN

Rico, joven, no mal parecido, permítaseme la inmodestia de esta confesión en honor de la verdad, con un título de abogado que, si bien nada significa, permite al menos se le llame doctor, es decir, sabio, debía ser un hombre feliz en toda la extensión de la palabra, y lo fui efectivamente hasta los treinta años.

Mi vida hasta ese momento se había deslizado tan suave y deliciosamente como una barca impulsada por ligera brisa sobre un mar de nafta.

Una especie de dulce monotonía acompañaba mi persona, todo me salía bien, no conocía contrariedades, pues no pue-

den llamarse así los pequeños accidentes de la vida que no modifican su curso y pasan sin dejar tras de sí más huella que un pájaro en la rama del árbol donde se posa.

No se me ocurrió pensar que ésto no podía seguir así, que esa felicidad no sería eterna y que tal vez cuando acordara ya sería tarde.

Así fué, desgraciadamente; de un día para otro, encontré mi existencia cambiada por completo; verla y amarla todo fué uno, sí, la amé desde que por primera vez pude admirar su hermosura iluminada por los suaves rayos de un sol que ya en el ocaso, despedía sus últimos tuldos en una hermosa tarde de Octubre, sobre los innumerables coches que sin cesar giraban en las Avenidas de Palermo.

Desde ese día me convertí en su sombra, por verla; recorría todos los teatros, iba á todos los paseos, bailes y fiestas donde suponía pudiera encontrarse; por verla, en fin, compraba y compraba objetos, que para nada me servían, en to-

das las tiendas y bazares de Buenos Aires.

Al principio no se apercibió de mi persona, más tarde pareció extrañar mi presencia y al fin concluí por cansarla.

La cansé, sí, señor, eso fué lo que mi inmenso amor consiguió, y todo ello sencillamente porque amaba á su marido, así como lo oís, á su marido. ¡Y qué marido! Un extranjero grueso, rubio, que á fuerza de dinero se había introducido en la sociedad bonaerense.

La vida se me hizo imposible; aun convencido de lo inútil de mis correrías, no por eso perdía oportunidad de verla, pero bien claro me decían sus maneras cuánto fastidio le causaba.

Le escribí y no me contestó; cuando le dirigía la palabra, apenas si se dignaba responderme como para no aparecer grosera y al menor pretexto me dejaba plantado.

Poco á poco, se apoderó de mí un gran decaimiento físico y moral, me sobrevino una languidez extraordinaria, y un aburrimiento sin límites, que al poco

tiempo degeneraron en una neraustenia aguda.

Por consejo de los médicos y creyendo olvidar, me embarqué para el viejo mundo. Europa, Asia, Africa, recorrí buscando remedio á mi mal; tarea inútil; ni el bullicio de las grandes ciudades, ni la tranquila y retirada vida de las aldeas, ni los hermosos paisajes de la zona tórrida ni los sublimes espectáculos del círculo polar, pudieron distraer mi imaginación calenturienta y febril.

Su cara, esa cara tan amada, la veía en todas partes, despierto, soñando, en el tren, en el teatro, en los desiertos del Africa ó frente á los hielos; una persona, un objeto, hacían que pensase en ella, caía en una abstracción completa; fija la mirada, nada veía de lo que me rodeaba; su imagen lo llenaba todo, arriba, abajo, á derecha, á izquierda; la parada del tren cuando viajaba, un aplauso si me encontraba en el teatro, un tropezón ó encontrón con alguna persona por la calle, me sacaban de mi abstracción,

devolviéndome á la vida real, aunque momentáneamente.

Al cabo de dos años, me embarqué de regreso: se hablaba de una guerra inminente entre la Argentina y Chile y me apresuré á ocupar un puesto en las filas de los defensores de la patria.

Por primera vez, desde hacía ya mucho tiempo, me sentí alegre cuando leí la noticia en *Le Figaro*, de París; mi espíritu y tal vez mi cuerpo, encontrarían por fin reposo en medio del ruido atronador de la pelea.

Una nueva decepción me esperaba al llegar á Buenos Aires; los temores de guerra habían desaparecido y la paz entre los dos países se había afirmado sobre bases sólidas y duraderas.

En cambio, la mala estrella que por todas partes parecía acompañarme, hizo que una de las primeras caras con que me encontrase al desembarcar por el puerto de La Plata, fuera la de Inés; acompañada de esa especie de mastín, de su marido, esperaba á una amiga compa-

ñera de viaje; ni siquiera se fijó en mí: seguramente no me recordaba.

Tan pronto como llegué, di orden de no recibir á nadie, pretextando hallarme enfermo; deseaba estar solo, había resuelto retirarme por completo de la sociedad y dedicarme al estudio; tal vez así podría olvidar y conseguiría lo que no había podido obtener de los viajes ni de las diversiones.

Seis meses más ó menos pasé en una vida tranquila, casi no salía de casa y me ocupaba todo ó la mayor parte del día en leer los libros, diarios y revistas que caían en mis manos.

Nada me llamaba la atención, leía se puede decir maquinalmente, mi pensamiento, por lo general, estaba muy lejos, vagaba siempre en las cercanías de una casa de la calle Florida; verdad es también que muy pocas novedades se producían que pudieran distraer mi ánimo; el nuevo gabinete no llamó la atención pública y fué recibido con general indiferencia; el ministro del interior se sabía, sería la llave manejada por el presidente; el de

hacienda, notable abogado, era una incógnita como hombre público; el de relaciones exteriores, por el contrario, era muy conocido, pues hacía diez años que venía ocupando diversos ministerios; el de justicia é instrucción pública, un gran talento, difícil de encarrilar; el de marina, un buen marino; el de guerra, un bravo militar; el de obras públicas, poco ó nada podría hacer dado el precario estado del tesoro, y por último, el de agricultura distinguido ciudadano y excelente elemento decorativo, daba tono al gabinete.

Tal era el ministerio llamado á regir los destinos de un pueblo políticamente muerto; de un pueblo que cansado de luchar únicamente pedía reposo y tranquilidad. Cualquier gabinete hubiera sido lo mismo, nada podía sacarlo del profundo letargo en que había caído: que los árbitros han resuelto el litigio de la Puna, que el Dr. ha renunciado, y el Dr. será enjuiciado; los diarios hablaban, la gente discutía durante tres ó cuatro días; luego todo pasaba, vol-

vía la calma y el pueblo seguía dormitando, mudo, triste y enervado.

La terrible reacción del 90 que tan profundamente conmovió á la República—mal dirigida—se debilitaba visiblemente día á día, concluyendo por desaparecer, con la elección de gobernador á la Provincia de Buenos Aires.—¡Pobre pueblo!—¡Cuántos desencantos sufridos, cuántas esperanzas perdidas, cuán engañado y mistificado había vivido!

Diez años tan sólo habían pasado, y sin embargo, tan corto tiempo había bastado para hundir en el abismo del olvido innumerables personalidades que desfilaron en la escena pública del país; unos más felices arrebatados al seno de la muerte, habían conseguido sustraerse á las vicisitudes de la suerte; los otros ni siquiera supieron morir á tiempo: desaparecieron arrastrados por la indiferencia y el desprecio de sus conciudadanos; tuvieron la desgracia de hacer ver lo poco ó nada que valían.

Apenas si brillaban dos ó tres estrellas en el firmamento político del país y aun

á esas, negros nubarrones amenazaban cubrirlas.

Hombres, hombres nuevos hacían falta; los que hasta entonces nos habían gobernado habían concluído su misión; era necesario renovar la sangre dando entrada á nuevos elementos que vigorizaran y dieran nervio al país levantándolo de la postración á que había llegado. ¿Cuándo sucedería eso?

No lo sabía, el león dormitaba y pasarían tal vez muchos años antes de que sacudiera la melena.

Influenciado, pues, por el medio ambiente que me rodeaba, no era extraño, si se tiene presente mi situación, llevara una vida tan retirada, pacífica existencia que pensaba seguir aún disfrutando durante mucho tiempo.

Estaba de Dios, sin embargo, no había de ser así: mi estrella buena ó mala me seguía por doquiera.

Hojeando un día un libro sobre el budhismo que había alquirido en mi paso por la India, encontré entre sus páginas.

una carta dirigida á mí y en caracteres índicos.

En el primer momento causóme extrañeza éste hallazgo, pero después recordé una aventura, por cierto muy rara y que había olvidado por completo.

Paseando un día por la calles de Bombay, ví varios muchachos que armados de palos y piedras perseguían á un pobre gato.

Desesperado el animal, acertó á meterse en un agujero de la pared, pero con tan mala suerte que la mitad del cuerpo quedó fuera; ya los muchachos se disponían á ultimarle cuando intervine en su favor.

Después de algún trabajo y mediante unos cuantos peniques conseguí abandonar al pobre animal, que al cabo de algunos instantes salió del escondite y echó a correr, perdiéndose bien pronto de vista.

Al día siguiente y en momentos que conversaba con un coronel inglés, antiguo conocido, el portero del hotel me entregó una carta (la misma del libro)

que había traído un indio. La puse sobre la mesa y no me acordé más: sin duda el criado la metió dentro del libro y allí permaneció.

Muchas veces después he reflexionado que quizás hubiera sido mejor no abrirla, pero eso no lo sabía entonces, y así rasgando el sobre procedí á examinar su contenido.

Este consistía en dos papeles, más bien dicho, un papel y un pergamino.

En el primero, estaban escritas unas cuantas palabras que, traducidas del sanscrito, decían lo siguiente: «Ayer me salvasteis la vida—os envió en prueba de agradecimiento mi mayor tesoro.»

El tesoro ó sea el pergamino, causante de mi desgracia ó de mi felicidad, no lo sé, tendría á lo sumo unos cuatro centímetros cuadrados; parecía muy antiguo y usado, y picadas en él pude leer después de mucho trabajo las siguientes palabras también en sanscrito, palabras que no olvidaré ya jamás:

Concentrad durante algunos instantes vuestras facultades en la forma de un

animal: si el espíritu es más fuerte que la materia, quedaréis transformado. En la misma forma volveréis á vuestro primitivo estado.

En otras circunstancias seguramente no habría puesto atención en esas líneas, producto de la imaginación oriental; pero en el estado de ánimo en que me encontraba por una parte, y por otra, el deseo de ocuparme en algo que distrajera mi espíritu, me hizo pensar en el contenido del extraño documento.

Además algunas coincidencias, como ser la persecución del gato, el envío de la carta en la que manifestaba agradecimiento por haber salvado la vida á alguien, que no podía ser otra que la del gato, en Bombay no recordaba haber intervenido en otro incidente, hicieron nacer en mí la duda.

De todos modos nada se perdía con probar, y por el contrario, tenía una razón poderosísima para ello; si el experimento tenía buen éxito podría acercarme al objeto de mis ensueños y tal vez llegaría á ser feliz.

Resuelto por último, á ponerlo en práctica, determiné empezar la prueba tratando de transformarme, para lo cual me representé la imagen de un sabueso que había visto en casa de un amigo.

La tarea que creía fácil, no lo era en realidad; muchas, muchísimas veces, traté de representarme al animal; pero si lo llegaba á conseguir, lo que no siempre sucedía, inmediatamente se me borraba y alguna figura extraña se colocaba en su lugar, haciendo imposible la conclusión del experimento.

De nada valía que cerrara los ojos ó pusiera la pieza á oscuras: no podía tener fija la imaginación sobre el objeto elegido y una sucesión de ideas pasaban por mi mente.

Después de un ligero descanso volví de nuevo á la carga, pero esta vez ya la voluntad pudo más, y durante brevísimos instantes me representé al perro tal cual lo había visto; sin embargo, aun no bastaba, era necesario tenerlo más tiempo presente.

Por fin, cuando ya cansado iba á aban-

donar, después de algunos esfuerzos extraordinarios, sentí como si todos mis huesos se quebraran, mi piel parecía contraerse, quise hablar y no pude formular más que sonidos inarticulados, un temblor convulsivo agitaba mi cuerpo que ya no sabía si era de hombre ó de perro. Me revestí de valor y..... abrí los ojos; frente á mí en el espejo veíase un perro chocolate y blanco exactamente igual al que había visto esa mañana.

Algún tiempo tardé en volver de mi asombro: estaba horrorizado; cuando intenté la experiencia tenía la casi seguridad de no conseguir nada, creía que todo ello no era sino un cuento propio de los indios; ahora la duda era imposible, allí estaba mi alter ego mirándome con cara de admiración, única manera de expresarse á falta de palabra.

Dí unos pasos y volví á pararme delante del espejo, no podía convencerme, me parecía imposible fuera cierta la metamorfosis, y sin embargo, así era.

Ya más repuesto me acordé del objeto

que había tenido en vista al transformarme: estar cerca de ella.

Me deslicé fuera del cuarto; á nadie encontré en el corredor, pero no así en la puerta de calle donde estaba mi fiel compañero de viaje, Miguel, leyendo un diario; traté no me viera, pero desgraciadamente en el momento de pasar por su lado un ruido hizo que levantara la vista y se apercibiera de mi presencia.

«¡Cómo se habrá entrado este perro!» oí que decía al mismo tiempo que vigilando los intereses de su amo me propinaba un feroz puntapié que me hizo gritar, es decir, ladrar de dolor.

Así es el mundo, el criado castigaba al amo y lo arrojaba fuera de su casa; cuán efímeras son las cosas humanas: ellas dependen de una miserable envoltura: como hombre se me respetaba y quería, como perro era echado á punta-pies.

En fin, ya estaba en la calle; anduve dos cuadras por Lavalle y luego tomé Florida: mi ídolo vivía en esta última calle. ¡Cuántos sustos y sobresaltos en

tan corta distancia! Parecíame que á cada paso me reconocían, señalándome con el dedo; dos ó tres amigos pasaron por mi lado, me hicieron estremecer, creía iban á descubrirme; pero nada, indudablemente continuaba siendo perro, de lo que me convencí al ver que un cuzco me seguía ladrando furiosamente; por supuesto no hice caso, no quería cuestiones con mis semejantes, y por lo tanto, seguí mi camino impertérito hasta llegar frente á la casa de mi adorada.

Allí me esperaba una decepción: no había contado con la puerta cancel; estaba cerrada, lo que hacía imposible mi entrada. Paciencia, no tenía otro remedio, esperaría la ocasión oportuna; para no despertar sospechas me acurruqué en la vereda de enfrente, fingiendo dormir. ¡Lo que es amar!

Al cabo de una hora salió un criado á la calle para llamar al cochero, dejando la puerta abierta, pero no tuve tiempo de penetrar, pues apenas me había movido, cuando el criado entró de nuevo cerrándola otra vez.

No habrían transcurrido cinco minutos, cuando la puerta se volvió á abrir apareciendo Inés que, ligera como una corza subió al carruaje, el que pronto se perdió de vista en dirección al Norte.

Ni una mirada se había dignado fijar sobre mí: verdad también que era un perro.

Cansado de esperar, viendo que la puerta permanecía cerrada y que Inés no aparecía, me volví á casa.

Nuevas dificultades; varias veces intenté entrar, pero siempre me cerraba el paso Miguel, y como aun tenía el recuerdo del puntapié, me mantuve á una respetable distancia esperando la ocasión propicia.

Por fin en un momento que abandonó la puerta pude entrar, llegando hasta mi cuarto sin ser notado.

Después de algunos momentos de vacilación con una facilidad relativa fijando mi atención en mi primitiva figura, volví á mi forma ordinaria.

Estaba lívido, mis dientes se entrechocaban y me cuerpo se hallaba bañado en

sudor, una sed terrible me devoraba, mi cabeza ardía; llamé para que me alcanzaran un vaso de agua, y la cara de los sirvientes me demostró claramente el asombro que mi estado les causaba.

Desalentado por el mal resultado de mi primera prueba, pasé algunos días sin salir de casa y casi resuelto á no intentarlo de nuevo.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo, me puse á pensar que si nada había conseguido era indudablemente á causa de la clase del animal cuya forma había tomado; un perro grande difícilmente podría admitirse en una casa, y menos aun pasar desapercibido: era preciso buscar un animal más pequeño y de una belleza relativa, tal vez así me sería más fácil conseguir mi objeto, estar cerca de ella; y por fin después de maduras reflexiones, determiné intentar otra vez la empresa transformado en un pequeño faldero tal cual había visto uno en la exposición de Collet y Llambí.

En esta situación de mi vida y antes de acometer la nueva prueba escribo

estas líneas; en adelante, si el destino lo permite, seguiré relatando los acontecimientos y aventuras de esta rara existencia, á medida que se vayan produciendo.

III

SEGUNDA TRANSFORMACIÓN

Mi segunda transformación se efectuó ya con gran facilidad, y casi sin sentirlo, tomé la forma de un hermoso falderillo: como ya había dado órdenes en casa que dejaran entrar y salir toda clase de animales, ninguna dificultad tuve esta vez para salir á la calle.

Ocultándome todo lo posible á las miradas de los transeuntes, temía que á causa de mi pequeñez se les ocurriera llevarme; llegué á la casa de Inés en momentos que salía una sirvienta.—¡Oh qué lindo perrito! exclamó, voy á llevárselo á la señora.

¡Cómo latió mi corazón! había conseguido mi objeto, iba á estar cerca de

ella, en la misma casa, á respirar el mismo aire; creo ladré de gozo, cuando la fámula me tomó en brazos y me llevó á presencia de su ama ¡Qué precioso faldero! exclamó tomándome en sus manos, queme parecieron un lecho de rosas; mira qué monada, dijo á su marido que entraba en ese momento, observa cómo me mira, parece conocerme; rico, monono, exclamaba apretándome contra su pecho y besándome en la punta del hocico.

¡Oh! qué momentos aquellos cuando sentía las palpitaciones de su pecho en todo mi cuerpo, cuando con mis pequeñas manos tocaba su hermosa faz y su rodondo y turgente seno; qué delicia cuando sus labios se posaban en mí; quería devolver los besos y apenas si mi rebelde lengua me permitía lamer sus bellas facciones.

Jamás olvidaré esos instantes, ¡ay, tan fugaces!

Sí, fugaces; pues aun no me había dado cuenta exacta de mi dicha, cuando la oí decir: «Mira qué buen regalo para

María, ahora voy á su casa y se lo llevaré.»

Mi fatal estrella me acompañaba: cuando creía haber obtenido mi objeto, cuando después de tanto trabajo conseguía estar con ella, un nuevo incidente me separaba; no había más remedio que conformarse, sin embargo, y aprovechar el poco tiempo que permanecería aún en su compañía.

Me puso un moño colorado, y pocos instantes después, echado en su falda, era llevado en carruaje á casa de esa amiga que ya odiaba.

¡Qué placer sentir el suave calor de su cuerpo, qué voluptuosidad! ella me acariciaba y yo me refregaba, me hacía un ovillo, me estiraba para que el goce fuera mayor.

Una embriaguez dulcísima me embargaba, todo lo olvidaba, ¡qué sueño!

¡Ah! sí, fué un sueño y tan corto; el coche paró, Inés me entregó á la sirvienta y entramos en casa de la señora de Guecharri que yo ya conocía, pues había estado algunas veces en ella.

Aun conservaba la esperanza no fuera del agrado de la dueña de casa, pero poco duró ésta; las mismas exclamaciones y pasé á sus manos; ¡cuán duras me parecían! ¡qué insulsos eran sus besos y caricias! y, sin embargo, era muy hermosa.

En ese momento entraron algunas señoras y niñas y pronto fuí olvidado. Al despedirse Inés prometió volver por la noche; traté de salir junto con ella, pero me vió y exclamando: «¡Oh, oh! mira cómo me sigue, ya me ha tomado cariño», dióme un último beso y me depositó en manos de un sirviente que me llevó dentro.

IV

UN BAILE EN LA ARISTOCRACIA

Gran movimiento se observaba en la suntuosa mansión de los señores Guecharri situada en la Avenida Alvear.

M..... su hija única, recién llegada de Europa, sería presentada esa noche, es decir, recibiría el bautismo social que la pondría apta para frecuentar cuanta tertulia, fiesta ó baile se diera en Buenos Aires.

Bastante fea para llamar la atención por sí misma, era necesario que los padres rodearan su persona de una aureola de riqueza y brillo social, que haciendo sonar mucho el ruido del dinero, hiciera olvidar sus condiciones físicas y morales, por cierto nada atractivas.

Así lo comprendían los dueños de casa y de ahí la fiesta que, pocas horas después, congregaba en sus salones lo más elegante, distinguido y aristocrático de la sociedad bonaerense.

Aprovechando un momento en que dejaron abierta la puerta del cuarto donde me habían encerrado, me deslicé cautelosamente hasta la sala de baile; la fiesta estaba en su apogeo, cantaba la presentada nada menos que el vals lento de la Boheme; su voz de poco volumen era frecuentemente cubierta por un murmullo sordo parecido al zumbido de las abejas en una colmena.

Formando una especie de cintura alrededor del salón, encontrábanse sentadas las matronas ó señoras de más edad cuchicheando en voz baja, ya que sus años y achaques no les permitían otra cosa que ver y criticar.

El orgullo, la envidia, la alegría y la tristeza, veíanse retratadas en sus semblantes; allí la madre contenta y dichosa porque su hija, hermosa y rica, se encuentra materialmente asediada de pre-

ter.dientes; más allá, una señora achacosa mira tristemente á dos niñas que aisladas en un rincón conversan con un joven imberbe que les hace el favor de atenderlas á petición del dueño de casa; no son bonitas ni tienen dinero.

Frases hirientes se oyen sin cesar, dados que la envidia lanza contra la reputación de señoras y niñas; que Fulanita ha sido *bolseada*, que á Zutanita se la ha visto en picos pardos con Mengano, ¿no sabéis lo que se dice de Fulana? ¿y de Mengana? ¡oh! ¡ah!, si es público y notorio; ¿sí, eh?... y así por el estilo.

En otro corrillo no se oyen sino alabanzas: ¡ah si mi niña tiene tantos pretendientes que no sabe cuál elegir, no debe apurarse, es tan joven; así le digo á Rufinita: deja te festejen, ya tendrás tiempo de escoger, estas muchachas... mirad que amartelado parece Dones... es un buen partido; en fin, veremos.

Y los héroes de estas conversaciones en grupos ó parejas ocupan toda la sala haciendo difícil la circulación.

Allí en el centro como una reina está

la bella Catalina Blum, rubia, de ojos pardos y soñadores, de perfil aristocrático, talle esbelto y elegante; rodéanla numerosos festejantes que se disputan sus miradas y sonrisas. Es una de las muchachas más de moda; pronto la oiremos cantar.

Cerca de una ventana negligentemente reclinada sobre el brazo del sillón, Dora Espeche, linda trigueña de grandes ojos negros, escucha con aire fatigado á cuatro ó cinco jovencitos que parecen querer convencerla que cualquiera de ellos debe ser preferido á los demás.

Digna rival de éstas es Isabel Halfing de origen germano, su belleza la ha hecho popular, rubia de ojos claros y tristes parece una virgen de Carlos Dolce. A la par de éstas se podían citar las hermanas Zelles, las más elegantes y esbeltas de la *haute*, sobre todo la menor; Magdalena y Clara Vert tan bellas como simpáticas, y allí, por último, están Geneveva María Bartes, de grandes ojos negros, Rebeca Bompert, hermosa rubia de fisonomía vivísima, Irene Lindon, bellísi-

ma como todas sus hermanas y tantas otras cuya enumeración sería muy larga.

Pero si bellas había entre las jóvenes solteras, era indudable las había mucho más hermosas en las señoras casadas, sobresaliendo entre todas ellas el objeto de mis ensueños, mi adorada Inés ¡qué espléndida estaba esa noche! En el momento de divisarla bailaba unos lanceiros de compañera con Harris, rico banquero muy amigo de su marido.

Acurrucado debajo de un sillón observaba el movimiento incesante de las parejas que giraban á los acordes de una excelente orquesta, cuando mi nombre pronunciado por la señora debajo de cuyo asiento estaba, me hizo poner atención en lo que hablaba con su vecina.

—¿Qué será del Dr. Alreves? desde su regreso de Europa no se le ve. Lleva una vida muy retirada, parece se ha dedicado por completo al estudio.

—Es una lástima, tan buen mozo y simpático, lo hubiera deseado para marido de Juanita, era uno de los mejores partidos de Buenos Aires.

En ese instante la orquesta dejó de tocar y las señoras que hablaban sobre mí, cesaron de hacerlo; un relativo silencio reinó en el salón. Los numerosos mozalbetes, plaga de todos los bailes y al mismo tiempo elemento de salvación de las niñas, esos jóvenes imberbes que cual manchas negras llenaban la sala, se acomodaron como mejor pudieron alrededor de las jóvenes y señoras, como los zánganos alrededor de la colmena.

Catalina Blum cantaba acompañada al piano una balada; su suave y bien timbrada voz me produjo una especie de arrobamiento: los cuadros de mi niñez, mis cariñosos padres, luego los tiempos dichosos de la juventud, mi paso por el colegio y la Facultad, las alegres farras con mis compañeros, toda la parte feliz de mi vida, vino á mi memoria, como evocada por la dulce y triste sonata que con tanto gusto cantaban en ese momento.

Una salva de aplausos me sacó de mi arrobamiento; nuevo silencio y poco después Julia Córren declamaba con vibran-

te voz y excelente entonación una poesía de Enrique Heine; trataba del amor no correspondido; parecíame lo hiciera á propósito y que al declamarlo conociera mi situación; allí estaba ella impasible, los sentidos versos no hicieron mover ni un solo músculo de su cara, y cómo no había de ser así, si ella no conocía lo que era amar sin consuelo amar sin esperanza, y esa noche, sin embargo, esa noche una sombra de tristeza me pareció cubría su rostro.

Concluída la poesía, tocó la orquesta algunas piezas más y poco después empezó el desbande de la concurrencia, siendo Inés una de las primeras en retirarse.

Imposible me fué seguirla en medio de la baraúnda de gente; recibí varios pisotones al tratar de seguir su huellas, y cuando al fin después de mucho trabajo y no pocos estrujones conseguí salir hasta la puerta, hacía ya tiempo que el carruaje había marchado y era inútil ir hasta su casa, pues la puerta estaría ya seguramente cerrada.

Como no tenía interés alguno en per-

manecer en casa de los Sres. Guechasrri me dirigí á la mía á la que entré sin novedad, pues como ya he dicho, había dado órdenes estuviera siempre abierta la puerta.

¿Qué haría? era la pregunta que me formulaba sentado en mi dormitorio ya con forma humana; como faldero, era fuera de toda duda, no podría presentarme en casa de los Sres. Welping, pues me mandarían de nuevo á la de los Guechasrri.

Sin embargo, no desmayaba; en el ensayo no me había ido del todo mal y si bien es cierto no había conseguido mi objeto, era debido á un accidente y no al medio de que me había valido en sí mismo.

Como estaba muy fatigado, decidí descansar dos ó tres días, durante los cuales pensaría la nueva forma que había de tomar.

V

UNA MAÑANA EN PALERMO Y UNA NOCHE DE ÓPERA

Al día siguiente, me levanté muy temprano, una hermosa mañana brindaba á tomar el aire, ¿á donde había de ir sino á Palermo? único paseo de esta gran ciudad; opté por la bicicleta, y en un cuarto de hora, estaba en la Avenida de las Palmeras; innumerables ciclistas pasaban y repasaban á cada momento; los había de todas clases, desde el enfermo á quien el médico le receta esa clase de ejercicios como remedio, hasta el aficionado ó pasionista que conoce todas las marcas de bicicletas habidas y por haber.

Estos últimos forman una especie de club cuyos miembros se reúnen generalmente en el cruce de la Avenida de las Palmas con la de las Magnolias. Allí sentados en los bancos ó parados al lado de sus máquinas, como llaman á la bicicleta, discuten las ventajas y desventajas de una marca sobre otra, quién se declara partidario de la Humber, quién de la Crowsford ó Gladiator; esta es más resistente, pero aquella más liviana y luego tiene tal ó cual ventaja; no hay ninguna como la Columbia sin cadena; ¡oh, pero el modelo de la Humber es superior! Esta es la conversación de esos inteligentes en el arte del ciclismo, que observan atentamente y con toda escrupulosidad cualquier nueva maquinaria que se acerque al club y algunos de cuyos socios han pasado ya revista, es decir, han andado, en diez y ocho ó veinte clases distintas.

Y no se crea sean estos los que más andan, no; generalmente una vez llegados á Palermo, ó conversan ó se entretienen en ver pasar la gente que en co-

che, á caballo ó en bicicleta gira constantemente ante su vista.

El ciclista que sabe andar bien, hace un ejercicio moderado y nunca comprende paseos á largas distancias, esto es propio de los profesionales, ó bien de los principiantes que si á mano viene al segundo ó tercer día de aprendizaje recorren un trayecto de cuarenta kilómetros, quedando en cama después de esta hazaña.

Me senté en un banco próximo al ocupado por la familia de Brión... no hacía diez minutos que leía el diario, cuando el nombre de mi adorada me hizo poner atención en la conversación de mis vecinos.

Hablaban precisamente del baile de la noche anterior, ¡qué bella estaba la señora de Welping decía el Sr. Brión, era indudablemente la reina de la noche! Pues no me parece así, exclamó la señora, tiene un aire tan frío, una cara tan impávida, parece no sintiera, y á propósito, ¿qué se habrá hecho el Dr. Alréves que tanto la perseguía? extrañé no estu-

viera anoche, verdad es que desde su llegada de Europa no se le ve en ninguna parte, tal vez no sabría si iba ella, ó quizás ya se haya curado ese capricho; esta noche la veremos en la Opera. . .

Aquí la conversación fué interrumpida por la llegada de un joven; como ya no me interesaba, al cabo de un rato me volví á casa.

Entro en estos detalles porque tengo la convicción de que los más pequeños incidentes han de influir grandemente en mi existencia, dado mi nuevo género de vida que hace imposible saber mi mañana y si dentro de algunas horas continuaré viviendo ó habré ya dejado de existir.

El resto del día lo pasé bastante aburrido, por la tarde fuí al Congreso, el doctor Famel con bastante habilidad trataba de levantar los cargos formulados por la comisión acusadora contra el doctor Auchea. Sin ser un orador, su dicción clara y reposada, su estilo sobrio, su argumentación precisa, impresionaban favorablemente á la numerosa

barra que llenaba totalmente el recinto, siendo general la opinión de que fuese cual fuera el resultado del juicio, la defensa había sido buena.

Cuando la sesión se levantó daban las siete en el reloj de San Ignacio; después de comer me dirigí á la Opera; quería verla, admirar otra vez su hermosura.

Inútilmente la razón me decía: no vayas, aléjate de su presencia, momentáneamente sentirás placer, pero después, el sentimiento será más intenso, la pasión más fuerte.

Nada, no oía nada, era sordo á todo raciocinio, el deseo era más poderoso que la voluntad y sin darme cuenta, casi insensiblemente, me encontré en el teatro.

Se cantaba *Iris* por Caruso y la de Lerma, subí á uno de los palcos de mis antiguos amigos, que me recibieron alborozados, y con grandes muestras de cariño y amistad, haciéndome á la fuerza ocupar un asiento de primera fila.

Soberbio espectáculo en verdad presenta la sala de nuestro primer coliseo y

al contemplarla, se comprende el asombro y la admiración del extranjero que llega á nuestro país en la creencia de encontrarse poco menos que entre salvajes y se halla con una sociedad, en un medio, con un confort, muy superior á todo aquello que la imaginación se ha sugerido dada la errónea idea que en Europa se tiene de nosotros.

Pocos teatros europeos, en efecto, pueden competir con el nuestro, no por la mayor ó menor belleza de la sala que es muy bonita, ni tampoco por la clase de compañías que actúan en su escenario; las que entre paréntesis muy pocas ciudades se dan el lujo de pagar, sino por la concurrencia femenina, sobre todo, que asiste al espectáculo.

Parece transportado uno en medio de un jardín, donde no se viera sino flores por todas partes, principiando por la platea para extenderse por los palcos, formando enormes guirnaldas ligadas por una cinta negra; palcos altos, sobre la que de nuevo se abren otras flores en la cazuela, y todo ello cerrado por el marco

negro del paraíso que hace resaltar aún más la belleza del conjunto.

La elegancia, la hermosura, el buen gusto, se observa doquier se dirija la vista; ¡cuánta belleza y cuán lejos estaba de apreciarla abstraído en la contemplación de Inés!

Ni la hermosa voz, ni el gusto exquisito con que cantaba Caruso, el ya entonces gran tenor; ni los espléndidos agudos de la de Lerma, podían apartar la imaginación del objeto de mi amor: cuanto más la miraba, más bella me parecía.

No veía más que á ella, y sin embargo, ¡cuántas mujeres hermosas ocupaban los palcos y tertulias! Allí estaban las señoras y señoritas de Elizalde de Jacobé, Guerrico de Ramos Mejía, Leloir de Demarchi, Dorrego de Unzué, Dorrego de Del Solar, Sánchez de Méndez, Fynn de Shaw, Usher de Shaw, Cano de Unter, Aguirre de Balcarce, Vivar de Unzué, Fynn de Egusquiza, Fynn de Farini, Achával de Acevedo, Fox de Arellano, Napp de Lumb, Cobo de Anchorena,

Aguirre de Ortiz Basualdo, Molina de Bustamante, Barrenechea de Bustamante, Bianchi de Cárcano, Rentienne de Sommer, Pereyra de Lebreton, Urquiza de Sáenz Valiente, Carabassa de Moreno, Stegmann de Piñero, López de Aranda, Pearson de Piñeyro Sorondo, Villar de Del Viso, Zapiola de Ortiz Basualdo, Solé Alzaga, Santamarina de Gándara, Susana y Zulema Rosa, Cora Quirno Costa, María Elena é Inés Lavallol, María Cármen Sala, Juana María y Magdalena Barreto, Lucila Caño, Ercilia Cabral Hunter, María Edelmira Sánchez, Nina Elizalde, Mercedes y Ernestina Bunge, Felisa é Ignacia Guerrero, Jacoba y Estela Achával, Francisca Sumblad, María Rosa Murature, Delia Alzaga, Esther Vivanco, Sara Pearson, Luisa Magnanini, María Méndez, Dolores Cobo, Mercedes Elizalde, Adela Carabasa, María Moreno, María Salomé Williams, Sara Nevares, Teresa Urquiza, Sara Stegmann, María Josefa Meeks, Mercedes Van Praet, Inés Núñez, Celia y Carlota Estrada, Susana y Mercedes Demaría,

Sara Meléndez, Remedios y Virginia Acosta, Ignacia Beazley, Susana de la Riestra, Edith Heurtley, María Emma y Elena Green, María Carolina Moreno, Arnolda Brinkmann, Sara Becú, María I. Terrero, Elisa M. Peña, Mercedes Nazar, Mercedes y María Luisa Tornquist, Blanca Carranza, Sofía, Zulema y Fanny Moss, María Elena Mihanovich, Aurelia López, Elisa Soria, Numa y María Villar, Sara Senillosa, Rosa Amelia Barrenechea, Laura, Susana y Hortensia Gómez Aguirre, Sara y Elisa Beguerie, Sara Pearson, Ernestina y Lola Lanús, Carolina y Leonor Martínez de Hoz, Blanca Fynn, Celinia y Lola Acosta, Carolina Benítez, Ercilia Casares, Silvina y Celia Linch, Mercedes y María Salomé Guerrico, etc., etcétera.

La función concluía, la orquesta tocaba de nuevo el motivo del magnífico himno al sol del primer acto; en la escena, el astro naciente alumbraba un campo de crisanthemos y la sala, á oscuras durante todo el principio del acto, se iluminaba lentamente. El telón cae, se hacen

varias llamadas á los artistas, especialmente al eximio tenor, la columna fuerte de la temporada, y bien pronto el teatro queda desocupado.

Una última mirada á Inés que ni siquiera parecía haberse apercibido de mi presencia; me despedí de mis amigos y salí más y más convencido de lo indiferente que le era, y sin embargo, más resuelto que nunca á seguir adelante en mi empresa; á cuyo efecto tomaría al día siguiente la forma de un gato.

VI

ESCENAS DOMESTICAS

La noche había ya extendido su negro velo sobre la parte del globo en que está situado Buenos Aires, cuando bajo la forma de un hermoso gato de Bengala me deslicé cautelosamente por las calles de esta gran metrópoli.

Sin novedad llegué á la cuadra donde vivía Inés; como no me era fácil entrar en la casa por la puerta de calle, ya lo había experimentado la primera vez que tomé la forma de animal, resolví hacerlo por las azoteas y tejados, valiéndome para ello de mi agilidad gatuna.

Así, pues, entré sin ser notado en una joyería situada á pocas varas de distancia, pasando del negocio á las piezas in-

teriores, donde permanecí acurrucado durante algunas horas que me parecieron siglos, hasta encontrar la oportunidad de subir á la azotea.

Ahora, al escribir estas líneas, recuerdo detalles de mi estadía en esa casa, verdaderamente curiosos y que en esos momentos me llamaron la atención, aun preocupado como estaba con el deseo de salir cuanto antes.

Me había echado debajo de un sillón en el punto más oscuro de la pieza destinada para comedor; á poco de estar, entró á comér toda la familia compuesta del joyero, su esposa y dos hijas, por cierto muy hermosas; á pesar de no ser más de cuatro personas, había en la mesa cinco cubiertos. Al principio creí esperarían alguno, pero después me convencí que no era así, pues el asiento desocupado se servía al igual de los demás y aun con preferencia marcada, la mejor parte y el primero.

No me daba cuenta de la razón de este hecho hasta que la luz dió de lleno en las facciones del dueño del negocio; en-

tonces descifré el enigma, era judío y esperaba al Mesías; tal es la costumbre del cubierto sin comensal observada en muchas casas israelitas.

Había caído en una especie de ensueño, veía á Inés que me extendía sus brazos y me llamaba, cuando un ruido extraño me hizo volver de nuevo á la realidad; la cena había terminado y los dueños de casa discutían animadamente «tú no harás eso, Ismael», decía la esposa roja de indignación, no es posible sacrificar en una forma tan vil á Judith.

—Es inútil que grites y te acalores: lo he resuelto, está convenido y nada me hará volver atrás; se casará con... Atschem; es feo y jorobado, ciertamente, pero muy rico y ésto es lo esencial, lo demás nada vale; al principio no lo querrá, tal vez nunca llegue á amarlo, pero no importa, el matrimonio no es sino un contrato de compra-venta, el más pudiente compra lo mejor; por otra parte, para ser feliz, no se necesita amar y ser amado, y sino, ¿crees tú que nosotros nos amábamos cuando nos casamos?

—No digas eso, por Dios, Ismael, me haces llorar, ten compasión, todo eso que dices es muy razonable, pero si ella quiere á José si la pobrecita ha vivido en la creencia de llamarlo un día su esposo...

—Nada, nada, lo dicho, dicho y ahora me voy á atender el negocio, porque no se puede fiar de los dependientes, es preciso estar encima de ellos, de otro modo son capaces de vender las joyas poco menos que tiradas, como la otra noche, que por tratarse de una hermosa señorita, le vendieron un prendedor, cinco pesos más barato del precio arreglado la misma tarde con su padre. Hasta luego.

La señora se dirigió hacia el interior y yo detrás de ella. Después de mucho andar de un lado para otro dí con la escalera y por ella subí hasta la azotea. Una vez allí me orienté, lo que no era difícil, pues la casa de Welping me era muy conocida, y no me separaba de ella sino un edificio de la misma altura poco más ó menos dos ó tres saltos y heme ya pisando terreno querido. Pero no contaba

con la huéspedada: la escalera daba al interior de una buhardilla y ésta se hallaba cerrada.

En vano busqué alguna parte por donde pudiera descender, nada, una altura de cinco metros me separaba del piso principal, y si bien es cierto en otras circunstancias la hubiera saltado sin vacilar, para un gato no es mucho, no me atrevía á hacerlo en esos momentos por el temor de llamar la atención, y además hubiera podido romperme una pata, lo que habría imposibilitado la prosecución de mis proyectos.

Dos horas pasé en la azotea tiritando de frío; como la casa era una de las más altas podía ver desde allí lo que pasaba en la vecindad; ¡si los gatos pudieran hablar, cuántas historias graciosas nos referirían! Puertas que se abren cautelosamente para dar paso á bultos que se deslizan sin hacer el más leve ruido, conferencias al aire libre, allí un hombre se arrebujaba en su capa y en puntas de pie se dirige hacia la puerta de calle, mientras su esposa duerme el sueño de los

justos; mas que digo: ¿no es una mujer la que sale por la misma puerta y se dirige al interior? Sí, y golpea en otra, y abren, entra, vuelven á cerrar; ¿acaso es justo se divierta el marido, mientras la pobre infeliz, desvelada, inquieta, espera la vuelta del infiel? No, seguramente no, la moral es igual para todos; y yo conozco esa casa y quiénes la habitan, y lo que es más aun, sé quién vive en el cuarto á donde la dama ha golpeado, algo así como pariente, hermano quizás de su marido.

Oigo pasos, dos hombres salen con linternas de otra de las casas, desaparecen y luego vuelven á mostrarse en la azotea, se dirigen hacia la del vecino, ¿qué irán á hacer? han bajado, nada se oye ya; al rato vuelven á aparecer, llevan un bulto ¿qué será? Vaya V. á saber, tal vez ropa sucia; sin embargo, parece que el bulto se moviera, como si opusiera resistencia; seguramente me engaño; pesará mucho y esa será la causa de la dificultad que demuestran en transpor-

tarlo; un grito, después todo queda en silencio de nuevo.

Comenzaba á cansarme, cuando la Providencia, vino en mi ayuda; un semejante, es decir, otro gato pasó cerca de donde me hallaba, se dirigió hacia la reja que á guisa de balaustrada rodeaba el hueco dejado por el patio, se asomó y desapareciendo al poco tiempo; creí hubiera saltado y me asomé á mi vez para ver el resultado del brinco y ¡oh delicia! una escalera de mano había sido colocada contra la pared sin haberlo sentido. Esperé aún algunos instantes y luego empecé el descenso, por cierto bastante molesto para un gato, que si puede ascender sin dificultad á la copa de un árbol, no deja de correr peligro bajando por una escalera de mano; pero nada me pasó, y fui á parar sin nuevos tropiezos á un cuarto de baño, única pieza abierta á esas horas.

Allí pasé la noche con una tranquilidad relativa y cuando los dorados rayos del sol naciente iluminando la cornisa del patio y el chirrido de las puertas anunciaron la venida del día, me dispuse

al ataque de la fortaleza sin esperanza ninguna, por su puesto, de que una rendición coronara mis esfuerzos y llevara cautivo el corazón de la dama en ella encerrada.

A esas horas el único habitante levantado de la casa era el portero, los demás sirvientes aun dormían, y no hay que hablar de los patrones, gente rica, es muy raro que sea madrugadora.

Salí de mi escondite para explorar el terreno y ver si era posible introducirme en las piezas interiores; tenía que andar con mucho cuidado, pues una imprudencia podía descubrirme y echar á perder todos mis planes, lo que casi me pasó por una maldita gata que muy tranquilamente sentada sobre las patas traseras se lavaba la cara de la manera peculiar á esos animales; nueva espera, no había que hacerle, por fin al cabo de algún tiempo el patio quedó enteramente desocupado, la gata se había ido siguiendo al carnicero hasta la cocina, sin duda en busca de su ración diaria.

Ya entonces estaban levantados los de-

más criados y habían abierto las puertas de las diversas habitaciones. Me dirigí al comedor, que era la pieza situada enfrente de donde estaba, suponiendo que de allí me sería fácil pasar á los dormitorios y demás piezas de los patrones.

Pero estaba de Dios que el asunto no había de andar tan rápido como eran mis deseos, la puerta de comunicación permanecía aún cerrada; para entretenerme me puse á escuchar la conversación de dos criados, que no cesaban de hablar mientras fregaban y arreglaban la vajilla y muebles de sus amos.

No los habrían conservado estos un instante, si hubieran podido oír lo que en esos momentos se murmuraba de ellos, principalmente del señor, el cual en breve tiempo fué puesto como trapo de cocina.

—Es un miserable, decía uno de ellos, no come huevos por no tirar las cáscaras y nos trata como si fuésemos esclavos, no sé cómo lo aguantamos y á fe que el sueldo no es tan gran cosa: cincuenta pesos, vaya una bicocha, estoy esperando haya una plaza desocupada

en casa de los señores de Peña para salirme de aquí.

—Pues yo estoy contenta, es cierto, como tú dices, no es un gran sueldo y el patrón tiene un genio irascible y está gruñendo todo el día, pero nos paga con toda puntualidad lo que desgraciadamente, tú bien lo sabes, no pasa en la mayor parte de esas casas copetudas, y además la señora me quiere mucho; ¡Pobre señora! creo que es muy desgraciada; con un hombre tan grosero, tan vulgar, que no habla más que de negocios, de caballos y de dinero, debe pasar una vida aburridísima; dos ó tres veces la he hallado llorando: puede ser que me equivoque, pero creo que ni ama ni ha amado nunca á su marido.

—Yo también pienso lo mismo, ella era de una familia muy distinguida, pero arruinada, y los padres no tuvieron más remedio que casarla con este ricacho que se les ofrecía con sus millones; esto dice Juan el portero, antiguo criado de la casa; conoce á la niña desde chiquita y me ha referido que el día de la

boda toda la familia estaba triste, parecía como si comprendieran que su hija única su Inesita, como la llamaban, no iba á ser feliz; ¡pobres señores! siempre melancólicos hablaban muy poco y únicamente veíase alegría en sus rostros cuando su hija los visitaba.

—Cómo no habían de estarlo si se dice por ahí que dieron su consentimiento al matrimonio, á cambio de unos pagarés por crecidas sumas en poder de nuestro amo y que los hubieran llevado á la deshonra y á la miseria de no haberlos podido rescatar.

—Ahora que recuerdo, tienes razón, debe ser cierta esa historia, en ese tiempo servía yo en casa del que es ahora nuestro amo, entonces aun soltero; era á fines del año ochenta y nueve; me había preguntado repetidas veces si no tenía carta; á eso de las dos de la tarde, salió, diciéndome que si alguien preguntaba por él ó traían una carta, le avisara inmediatamente á la Bolsa de Comercio.

Apenas haría media hora que había salido, cuando llegó el padre de la señora;

parecía muy agitado, y como preguntase por el señor, le hice entrar y corrí á dar aviso al patrón.

Habías de ver qué barullo, que ruido infernal, qué bochinche el de la Bolsa; cuando llegué no pude pasar de la puerta del recinto; allí dije el nombre de mi amo y uno de los porteros empezó á llamarlo á gritos.

Estaba como embobado, una multitud apiñada y compacta llenaba la gran sala á la que continuamente entraban y salían personas de todas las clases sociales, desde el rico banquero, hasta el humilde dependiente; algunos con caras tristes y meláncolicas, otros con la alegría retratada en el rostro, según que la perdida ó la ganancia hubiera sido el resultado de la operación; unos caminaban despacio y parecían meditar profundamente con la mirada fija en el suelo; otros con paso rápido, como de personas muy ocupadas, saludaban á derecha é izquierda con aire protector.

Y en el interior: el desaliento, la alegría, el regocijo, la desesperación, la in-

diferencia en algunos, todo, todo estaba retratado en las diversas facciones de las personas que formaban los grupos y corrillos de la famosa Bolsa, donde tantas fortunas se han hecho, según he oído decir, de la noche á la mañana y en donde también tanta gente se ha arruinado en un abrir y cerrar de ojos.

El zumbido ensordecedor cual oleaje del mar subía ó bajaba, según las impresiones de la sala á cada nueva operación sobre oro ó títulos; poco antes de las cinco el ruido aumentó de una manera extraordinaria, la gente corría como azorada hasta los mismos porteros dejaron sus puestos para acercarse al lugar donde se anotan las operaciones y que creo se llama la rueda; según oí decir á varios individuos, el oro subía á las nubes y los títulos se venían al suelo; qué barullo, sin notarlo me había ido acercando también á la pizarra; *compro, vendo* diez mil del constructor á tanto, veinte mil de Catalinas á cuanto, cien mil oro para Febrero á cuatrocientos si parecía una casa de locos.

Por fin á las 5 el sonido de una campana produjo un silencio relativo, la gente empezó á salir y yo pude dar con mi amo, á quien inútilmente habíase estado llamando, porque según parece ese día nadie oía nada, todo estaba revuelto, alborotado, había pánico en la Bolsa, como dijo una persona á mi lado.

Cuando le manifesté que lo esperaba el Sr. Bulnes una sonrisa contrajo sus labios, llamó á un individuo que estaba cerca de él con una cartera bajo el brazo, sacó de ella unos documentos, los guardó en el bolsillo y salimos.

Al cabo de una hora el señor Bulnes se despedía, llevando en la mano esos mismos documentos, y al día siguiente los diarios de la capital anunciaban el enlace de la Srta. de Bulnes con el Sr. Welping que debía celebrarse á mediados del año siguiente.

En este momento la conversación de los criados fué interrumpida por el repiqueteo de una campanilla; ambos salieron quedando solo en la pieza.

Tendido bajo un sofá reflexionaba

cuán engañado había permanecido hasta ese momento, creía á Inés la mujer más feliz de Buenos Aires, y de pronto descubría lo contrario; hasta ese momento ni por un instante me imaginé no amara á su marido y heme ya en la casi certidumbre de que, si no lo aborrecía, por lo menos le era indiferente. ¡Quién había de pensar un matrimonio que parecía un lazo de flores, no era, sin embargo, sino un vil contrato de compraventa, y en el cual Inés, el objeto, había sido entregado por una suma más ó menos crecida de dinero!

No podía expresar los diversos, sentimientos de mi alma en esos instantes, no sabía si era alegría porque Welping no era amado, ó si era pesadumbre al conocer la desgracia de mi amada; tan pronto tenía ganas de reir como de llorar, no sabía lo que me pasaba, y así permanecí sin darme cuenta del tiempo ni del objeto que tenía en vista, soñaba; diversos cuadros pasaban por mi imaginación, ya era la ceremonia nupcial lo que se me presentaba ante mi vista, en el momento que

Inés pálida y desfalleciente, pronunciaba el fatal sí, ya me representaba á Wel-ping, iracundo y descompuesto, levantar el puño para descargarlo sobre la cabeza de su infeliz esposa.

De pronto el paisaje cambiaba; estábamos en Palermo; la que hasta entonces creí feliz pareja, sonriente y alegre, recostada en los almohadones de un landó, cruzaba las avenidas del hermoso parque; nuevo cambio de escena y era en un palco de la Opera donde veía á mi adorada, revestida de una frialdad glacial, mirar indiferente el espectáculo.

El roce de un vestido me sacó de mis ensueños; una criada se disponía á llevar el desayuno de los amos; traté de entrar detrás de ella, pero desgraciadamente me ví obligado á desistir del intento, pues al asomar la cabeza en el interior de la pieza, lo primero que se presentó ante mi vista fué la misma gata del patio; decididamente se me había de cruzar en el camino.

Eran las diez de la mañana, pronto iba á hacer veinticuatro horas que no

probaba bocado, y como yo no había descubierto el arte de Succi, de vivir sin comer, sentía bastante apetito; afortunadamente, la criada había dejado abierto el aparador y pude proveerme de un poco de queso y fiambre, con lo que me mantuve durante todo el día.

Al cabo de unos instantes salió mi semejante dejándome expedita la entrada á la pieza contigua ó sea el dormitorio del señor.

Cuando entré, aún permanecía en cama y tuve ocasión de presenciar una escena bochornosa que me hizo reflexionar cuán merecido tienen muchas veces los maridos que sus mujeres les sean infieles, cuando en su propia casa, á un paso de ellas, hacen el amor sin reparo ni recelo de ninguna especie.

En el momento de penetrar en la pieza la criada sentada en la cama escuchaba sonriente la palabra que el patrón le profería al oído, al mismo tiempo que sus brazos estrechaban el talle, no muy fino por cierto, de la desvergonzada maritornes.

Así es el mundo: yo me hubiera considerado el hombre más feliz con sólo haberseme permitido estar cerca de Inés, admirarla, mirarme en sus pupilas como en un espejo, aspirar el perfume de su cuerpo, adorarla, en una palabra, y Welping despreciaba todos sus encantos, todas sus bellezas para caer en brazos de una criada.

El idilio fué interrumpido por la llegada de Inés, traía de la mano un hermoso niño, como de cinco años, su vivo retrato.

—¡Papá! ¡papá! cómo has pasado la noche, exclamó el niño, así que su madre lo puso en brazos del señor—si vieras cuántos juguetes me han traído el Angel anoche: caballos, casas, gallinas, muñecos, de todo.

—A los niños buenos, el Angel les regala muchas cosas en el día de su santo; si sigues portándote bien, cada año te traerá más.

—No tengas cuidado, mamá; seré tan bueno que el Angel me traerá todos los juguetes del cielo.

—Ya veremos, anda, vete con María á tomar el desayuno.

—Ya voy, papá; corro á buscar á Polichinela para que me acompañe—y diciendo estas palabras el niño desapareció, volviendo al cabo de unos instantes, con un lindo muñeco, al cual, con mucha seriedad reprendía, porque se había caído del caballo; la criada lo tomó de la mano y lo llevó al comedor.

—¿No te levantas aún? Son las once menos cuarto.

—¿Crees tú, no lo sé? Te aviso que hoy almorzarás sola, yo lo haré en el restaurant, pues debo estar en la Bolsa á las 12 y 1/2.

Una lágrima rodó por las mejillas de la señora al oír estas palabras, pronunciadas en tono duro.

—Vaya, vaya, esas tenemos, otra vez llanto, ni que fueras Jeremías; acaso piensas se puede ganar dinero quedándose en su casa: eso está bueno para las mujeres. Pero ya es tarde, toca la campanilla, para que venga José y me ayude á vestir.

La señora salió y como no me era nada agradable permanecer cerca de Welping, salí tras ella sin ser notado.

Cruzamos varias piezas lujosamente amuebladas, hasta llegar á una pequeña sala tapizada de seda rosa con estrellas doradas; debía ser el escritorio de la señora á juzgar por la forma de los muebles que se esbozaban apenas alumbrados por los rayos de luz que penetraban por las rendijas de las puertas y ventanas.

La señora se dejó caer en una butaca; con la cara apoyada en la mano y la mirada fija en el suelo, permaneció largo rato sin hacer el más leve movimiento.

No había duda posible: Inés no era feliz, ese silencio, esa melancolía, lo decían bien á las claras; y aunque no podía distinguir bien sus facciones por la oscuridad de la pieza y acurrucado como estaba debajo de una silla enfrente del sillón ocupado por ella; tenía la seguridad de que no era la alegría lo que se retrataba en su rostro.

Un profundo suspiro me indicó que salía de su meditación, se dirigió hacia la ventana, abrió los postigos y se sentó delante de un secreter; gruesas lágrimas corrían aún por su rostro; abrió uno de los cajones y sacando un atadito de papeles se puso á hojearlos uno por uno.

Sin hacer el más leve ruido me deslicé hasta colocarme cerca, muy cerca de ella, casi rozaba sus vestidos; no había temor de que me viera, tan abstraída estaba en la lectura de una carta.

De pronto, cesó de leer, la mano que sujetaba el papel descansó sobre el escritorio y con la mirada fija en la ventana, pareció sumergirse en una profunda abstracción; sin darse cuenta, inconscientemente, sus labios pronunciaron un nombre que me hizo estremecer.

Creí haberme equivocado, que había oído mal, pero no, al cabo de algunos instantes, mi nombre brotaba de nuevo de sus labios; fijó su mirada otra vez en la carta, á la que después de un momento de hesitación, besó repetidas ve-

ces; al pie de la misma pude ver mi firma.

Fué tal mi gozo, fué tan grande la alegría producida por el conocimiento de mi dicha, que sin acordarme de nada salté á sus faldas.

Asustada, dió un grito, levantándose precipitadamente; traté de escabullirme, temiendo ser descubierto en cuyo caso lo hubiera pasado muy mal; pero felizmente, en la precipitación, me tomó por la gata de la casa, del mismo color; pues desde la otra pieza pude oírle decir á una sirviente que había acudido al oír el grito: «No es nada, la pícara de Zapaquilloa saltó de improviso á mis faldas y me asustó».

Mi existencia había cambiado por completo en unas pocas horas; desde la conversación de los criados hasta el momento en que supe que era amado; de asombro en asombro había pasado, sin salir de mi estupefacción, del desaliento y falta de esperanza más grandes á la realidad, á la certidumbre más radiosa.

Al entrar en la casa, creía ser un ente

indiferente en absoluto para Inés; después de haberla oído pensaba que debía de ser el hombre más feliz, porque ser amado por ella era para mí el sumum de la felicidad.

•



VII

MISERIAS HUMANAS

¿Qué hago, me preguntaba á cada instante, dado el giro tomado por mi empresa: debía continuar bajo la forma de un gato y permanecer en aquella casa durante algún tiempo, ó por el contrario se hacía necesario recobrar mi forma primitiva sin más demora?

Era este el problema que se presentaba, sin acertar á decidirme en un sentido ó en otro: por un lado el placer de estar cerca de Inés, bajo su mismo techo, respirando el mismo aire, me inclinaba á conservar la forma adoptada; por otro, el deseo de tener una expansión, de hablar, de pensar con entera libertad y una especie de repugnancia

por la acción que ejecutaba, valiéndome de un disfraz para acercarme, verla, tocarla, me compelia á convertirme cuanto antes en ser humano.

Absorbido en estas reflexiones, bajo el peso de una felicidad, de que no me daba entera cuenta, no me había fijado que me hallaba al descubierto en la pieza contigua al escritorio; cuando acordé ya era tarde, la maldita Zapaquilloa me miraba con ojos tiernos y amorosos, mi presencia y apostura parecían haberle agradado, daba suaves maullidos y poco á poco se fué aproximando, haciendo remilgos, hasta tocarme la cara con sus patas delanteras; indudablemente me hacía el amor, como lo puede hacer una gata.

Para evitar el escándalo gatuno, inminente ya, traté de retirarme hacia el interior, pero la gata me seguía á todas partes, quise ganarle en ligereza, pero lo hice con tan mala suerte que fuí á tropezar con las piernas del mucamo á quien hice caer con una vajilla de té que llevaba al comedor.

No había otro remedio que salir de la casa, si ello era posible; mi presencia había sido notada y permanecer un momento más en ella, era exponerme á recibir una soberana paliza, pues inmediatamente de la caída el criado corrió hacia la cocina, de donde le ví volver acompañado de otros dos armados con escobas.

Por fortuna, me hallaba en el mismo patio, adonde había descendido la noche anterior; como militar tomé pronto mi partido, decidiéndome á efectuar la retirada por el mismo camino de la entrada, es decir, por la escalera que aun permanecía recostada contra la pared; en la puerta de calle no podía pensar, pues en el supuesto de dar con ella, de lo que no estaba seguro, indudablemente encontraría cortado el camino por la puerta cancel.

Rápida fué la elección, pero no pude impedir las caricias, nada delicadas por cierto, que sobre mis espaldas propinaban los criados aun cuando por suerte sólo me alcanzaron á tocar con la paja de las escobas y ello debido á la dificultad

natural para subir por una escala de mano, no estando como no estaba acostumbrado á efectuar esa clase de ejercicios.

Una vez en la azotea, tomé el mismo camino de la noche anterior, pero al saltar la pared divisoria, fuí visto por un enorme mastín que se puso en acecho y no me dejó descender al otro lado. Sin duda de día vigilaba la azotea y de noche lo hacían bajar al primer piso, razón por la cual no me topé con él la víspera.

Pasé más de una hora esperando se fuera ó por lo menos disminuyera la vigilancia, pero inútilmente, apenas me movía cuando ya se abalanzaba hacia mí gruñendo sordamente.

Era menester buscar una salida por alguna de las otras casas contiguas; en la de la derecha no podía pensar, era un edificio de tres pisos á cuya azotea era imposible llegar sin la ayuda de una escalera; por ágil que sea un gato le es imposible saltar una altura de cinco ó seis metros; no había, pues, más remedio que buscar la retirada por el fondo de la

casa lindante con un edificio más ó menos de la misma elevación.

Así lo hice, y después de muchos brinco, saltos y sobresaltos fuí á parar á la casa de negocio de los señores Hannus y C^a, una de las más fuertes de Buenos Aires.

Colocado en medio de pilas de género, cerca de la puerta, esperaba, meditando sobre mi situación, el momento de salir, cuando el nombre del Sr. Welping llegó á mis oídos.

Bien dice un refrán: «no hay mal que por bien no venga»; si no hubiese sido por el mastín no hubiese oído la conversación de unos dependientes de la casa de quienes sin sospecharse pudiera escucharlos un ser humano me hicieron saber haberse vencido ese día una letra del Sr. Welping sin que se hubiese presentado á abonarla, habiendo oído decir al patrón que la situación de ese señor era muy mala y que si no pagaba hasta la una de la tarde del día siguiente, sería protestada sin más espera.

¡Pobre Inés! éste era el último golpe que

debía sufrir; no le bastaba ser infeliz, estar unida á un hombre á quien no quería ni podía querer; no era suficiente verse obligada á soportar las impertinencias y groserías de su marido; era necesario también que la ruina y en consecuencia la miseria y la pobreza invadieran su hogar; pero no, eso no sucedería: por de pronto la letra sería abonada á la mañana siguiente, para eso tenía yo dinero y nunca hubiera podido emplearlo en algo mejor; después tomaría informes sobre el estado financiero de su marido y vería lo que había de hacer.

Por cierto no me hacía feliz pagar una obligación al imbécil de Welping, pero no había otro remedio estando Inés de por medio.

Por ella, habría sido capaz de dar mi vida para salvar la de su marido, si hubiera estado seguro de hacerla feliz, y por otra parte, me sentía muy dichoso y bendecía á la Providencia que me permitía evitarle el nuevo golpe que la amenazaba.

No habían transcurrido veinticuatro

horas cuando volvía de nuevo á entrar en mi casa, y sin embargo, era tal el cansancio que sentía y eran tantas y tan variadas las emociones experimentadas, que me parecía habían pasado días y días desde mi última metamorfosis.

Mas aun, no había transcurrido una semana desde el comienzo de mis experimentos y en tan breve tiempo había podido conocer á la sociedad mucho mejor que en todo el resto de mi vida.

Ni la escuela, ni los libros, ni los viajes, me hubieran dado jamás una idea tan exacta de lo que es la humanidad.

El honrado comerciante en apariencia, era un hombre sin conciencia, siempre procurando vender por diez lo que no vale sino uno, engañando á los clientes que acuden á su negocio y considerando una viveza hacer pasar por lana lo que es algodón, por seda pura una mezcla ordinaria, y sin escrúpulos tampoco en falsificar todos ó casi todos los artículos en venta, con nombres de las más afamadas marcas, y fijarles precios exorbitantes, que la sociedad se da el lujo de

pagar con tal de poder decir uso de los objetos y cosas más caras sin averiguar si realmente valen los precios que se pagan.

¡Cómo se ríen esos comerciantes de la vanidad humana y cómo la aprovechan! En los pocos instantes que estuve en el almacén de los Sres. Hannus tuve ocasión de palpar hasta dónde puede llegar esa vanidad. Un jovencito elegantemente vestido pidió un sombrero; se le presentaron varios de distintas formas; después de mucho mirarse al espejo, concluyó por preguntar el precio de uno que al parecer le sentaba mejor.

Ese, le dijo el dependiente, vale tanto, está pasado de moda y por eso lo vendemos barato; inmediatamente lo dejó el joven para tomar otro que se le indicó, como última moda y á precio mucho más subido.

Indudablemente veía que no le sentaba tan bien, pero eso no importaba, si era la forma que se usaba y además más caro; pagó y salió.

Al poco rato el dependiente que se ha-

bía quedado arreglado los sombreros, exclamó: ¡Caramba, me he equivocado; he vendido el más barato por el más caro! ¡bah, no importa, mejor que mejor; así pudiéramos engañar á todo el mundo!

Todo es mentira, todo es engaño en la sociedad: cómo se equivoca el que juzga por la exterioridad, por la apariencia, y si no, ¿quién había de creer que el potentado, al millonario Welping se le protestaría una letra? nadie seguramente, y sin embargo, poco faltaba para ello.

Pero aun había algo más increíble: la Sra. Susaco, la honrada, la virtuosa señora de Susaco, esa mártir del matrimonio de quien todos se condolían, creyéndola una víctima, dada la vida airada del marido, á esa mismísima dama la había visto entrar en el cuarto de un hombre soltero, aprovechando la ausencia de su esposo.

« ¡Cosas veredes, oh Cid, que te farán llorar! » yo no lloraba, estaba maravillado.

Pero dejemos reflexiones y sigamos el curso de los sucesos.

VIII

EN EL JOCKEY CLUB

Cuando llegué á casa, serían cerca de las seis de la tarde; en seguida me metí en cama; estaba moral y físicamente deshecho, pues si mi cuerpo había sufrido, nada era en comparación al espíritu; tantas y tan intensas emociones habían concluído por enervar mi sistema nervioso.

Caí en una especie de modorra, mi sueño era agitado, todos los sucesos en que había intervenido ese día, se reproducían confusamente como las imágenes de un kaleidoscopio.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado; al despertar, el sol ya alto penetraba por las rendijas de las puertas; eran las nueve de la mañana; me vestí apre-

suradamente, tomé el coche y en breves instantes estuve en el escritorio de los Sres. Hannus y Ca.

Pedí hablar con el Sr. Hannus, á quien ofrecí en venta unos terrenos situados en Mar del Plata.

En realidad éste no era sino un pretexto, pues el verdadero motivo de mi ida era averiguar el importe de la letra de Welping, para lo cual tuve que dar muchos rodeos, pues mi interlocutor, hombre reservado por naturaleza, como buen comerciante, no largaba prenda.

Pero como dice el refrán: «más vale maña que fuerza», poco á poco, insensiblemente llevé á mi hombre al terreno deseado, y por último, después de bastante trabajo, conseguí mi objeto. Hannus se explayó por completo, me dijo que Welping estaba arruinado, toda su fortuna la había perdido en el juego, ya en la Bolsa, ya en los clubs, ó á las patas de los caballos; que le había renovado varias veces esa letra por valor de treinta mil pesos, pero que esta vez estaba dispuesto á ser inexorable y se la haría protestar é

iniciaría la correspondiente ejecución si no era abonada en el día.

Una vez en posesión de estos datos, me despedí del Sr. Hannus, fuí al Banco de Londres y Río de la Plata, firmé un cheque por treinta mil pesos y no eran aún las once del día cuando estaba de nuevo en casa con los treinta mil pesos en el bolsillo.

Primero pensé mandarle el dinero á Welping, pero reflexioné que dada su situación, podía ser muy bien se le ocurriera disponer de esa suma para otros objetos y la letra entretanto no fuera levantada, y entonces me pareció mejor enviar á una persona de mi confianza como si fuera de parte de él á retirar el documento.

Así lo hice por intermedio de mi fiel Miguel y al cabo de una hora Welping tenía en su poder la malhadada letra.

Después de almorzarme dirigí al Jockey Club, quería conocer algunos detalles de su vida y para ello en ninguna parte podía tomar mejores informes que allí.

Situado el espléndido edificio en la ca-

lle Florida entre las de Lavalle y Tucumán, pierde toda su vista exterior por la estrechez de la calle que hace imposible se le contemple á una distancia conveniente.

Si soberbia es la fachada, aun es más espléndido y magnífico su interior; el lujo y el buen gusto sobre todo se observa por doquier empezando por el hermoso vestíbulo estilo dórico de donde arranca la soberbia escalera semejante á la del teatro de la Opera de París, con sus balaustradas de mármol de San Luis y en cuyo descanso se halla colocada la célebre Diana de Falguiere, adquirida por el Jockey en la venta de objetos pertenecientes al malogrado Dr. del Valle; allí se bifurca en dos que van á terminar en sentidos contrarios, en el piso principal, es decir, del fondo á la calle.

En este piso están situados, ocupando todo el frente, las salas de conversación, de lectura y la Biblioteca, á las que siguen hacia el interior el *manicomio*, pequeño saloncito, en el que se reunen los sportman *enragés*, que no hablan sino de

caballos, razón por la que se la ha bautizado con ese nombre; la intendencia, la sala de billar, de dominó, etc., todos decorados con un gusto exquisito.

En el segundo piso están los dos comedores, la sala de juego, secretaría, dormitorios y algunas otras piezas.

A todo esto debe agregarse, en el piso bajo la sala de armas, con capacidad para diez y seis asaltos á la vez, dirigida por el famoso Pini, de renombre mundial, y la gerencia, y por último en los sótanos, los baños, la peluquería, la imprenta y la maquinaria de luz eléctrica.

Pregunté por el señor Welping y me contestaron que estaba arriba; tenía razón Hannus, y seguramente si le hubiera enviado los treinta mil pesos, tal vez hubieran ya pasado á manos de otras personas.

Me repugnaba entrar en la sala de juego, pero quería ver á... y no tenía más remedio que asistir como lo hice á una sesión.

Sentados alrededor de varias mesas, se hallaban personas de las más conocidas

en Buenos Aires, allí había para todos los gustos y bolsillos; se jugaba al poc-kert desde cincuenta pesos hasta mil la caja; Welping era uno de los que jugaban más fuerte y por lo tanto tenía un sitio en la mesa de á mil; estaban con él: Seorul, que el año anterior había perdido cerca de cien mil pesos; Morens, que con Tirós, también allí presente, eran considerados de los mejores jugadores de pockert, tanto que llevaban ganado hasta ese día más de ciento cincuenta mil pesos cada uno; ocupando los asientos restantes hasta completar el número de seis, Medit, Ignez y Fevas.

Las caras desencajadas, los ojos colorados y hundidos, decían bien claramente que la sesión había comenzado hacía bastante tiempo y que no era en la cama seguramente donde habían pasado la noche: más de un individuo ha estado veinticuatro horas sin levantarse de una mesa de juego y aun se recuerda en el Club el record dejado por el joven Ustlan, que estuvo cincuenta y cuatro horas jugando sin descansar, al cabo de las cuales,

por supuesto, bajó las escaleras, habiendo perdido todo lo que tenía y aun también lo que no tenía, es decir, habiéndose pasado, como se dice en el argot de los jugadores.

En el momento de entrar en la sala, acababa Welping de ganar una fuerte parada, á juzgar por el montón de fichas que pasaban á su lado; indudablemente llevaba alguna ventaja sobre los otros, pues habiéndose sentado recién á jugar, estaba fresco, veía claro, en tanto que sus contrincantes se hallaban ya fatigados por una noche de insomnio, llena de emociones que gastan el sistema nervioso y fatigan la inteligencia.

Me senté á observar de *pato* después de saludar y allí permanecí unas horas viendo las alternativas del juego. A las cinco de la tarde Welping ganaba cincuenta mil pesos; aun cuando sabía no le inspiraba simpatía, en ese momento estaba lo más afable conmigo; sin duda con la preocupación propia de todo jugador, se imaginaba le había traído la buena suerte y por eso me instaba á quedarme,

y como le dijera serme imposible permanecer más tiempo, exclamó: «Vaya, me obligaréis á levantarme, sois mi mascota y estoy seguro de perder, si siguiera jugando, después de haberos ido.»

Nos despedimos de los demás y salimos juntos; la alegría brillaba en su rostro «hoy todo me sale bien», me decía, «parece que la desgracia se ha cansado de perseguirme!»

Estaba expansivo y locuaz, me trataba de querido amigo y tenía confianzas, como si fuera un íntimo de muchos años.

No quería separarse de mí, sin duda esperaba le sirviera aún de mascota en otra sesión; «figuraos, añadía, que hoy por arte de encantamento me han devuelto una letra, antes de haberla abonado, manifestándome el acreedor: estar ya satisfecho su importe; casi me caí de espaldas, pedía renovación, pues aun no había podido realizar algunos bienes, y se me contesta haberse pagado!»

Indudablemente una mano amiga me protege; añadió, hoy comeréis en casa, no os dejo ni un momento. Alegué tener

una ocupación muy urgente, estar comprometido para comer en otra parte; pero no me sirvieron las excusas; nada, nada, os esperamos, son inútiles las protestas, aun disponéis de una hora para vestiros y hacer las diligencias urgentes que protestáis; comemos á las ocho.

Quise luchar aún, pero al fin prometí ir; la tentación fué más fuerte que la voluntad. Por primera vez en forma humana iba á sentarme en la misma mesa con Inés, satisfacía una grande aspiración tanto más vehemente, cuanto que ahora sabía era amado, y sin embargo, sentía un temor indefinible, una voz interior me decía: «haces mal en aceptar, no debes ir.»

Cuando al despedirnos estreché su manó, no pude menos de pensar cuán lejos estaba Welping de imaginarse que esa mano que estrechaba era su protectora y mucho más lejos aun el móvil de esa protección; de saberlo seguramente, no la habría tocado.

XI

ALGO SOBRE ALGO

Ya vestido y listo para dirigirme á la casa de los Sres. Welping estuve por desistir, había escrito unas líneas excusándome, iba á llamar al criado para mandar la esquila, cuando el rostro de Inés se me apareció radiante de belleza y como si me sonriera, llamándome hacia sí; rompí la tarjeta, subí al carruaje y cinco minutos después, sin querer ya reflexionar más, me hacía anunciar al Sr. Welping.

—Creí no veníais ya; caramba, pues no os habéis hecho rogar, estamos solos, en este momento acaba de llegar Inés y me dice que la señora á quien esperábamos no vendrá, acaba de estar con ella y se halla atacada de influenza; tanto mejor

así estaremos en *petit comité* y con más libertad.

A propósito, que os parece la noticia de la tercera edición de *El Diario*, de que el gobernador de la provincia de Buenos Aires acaba de renunciar.

Sí, ¡ eh! era de esperarse, cuestión de tiempo, nada más; tenía que suceder, día más ó menos.

—¿ Y creéis vos que asumirá el mando el vice?

—Así lo pienso, por lo menos, así se lo oí decir días atrás, cuando se susurraba la renuncia; no puedo deciros si durará poco ó mucho tiempo, dada la composición heterogénea de la Legislatura, pero lo indudable es que debe tomar un camino franco y abierto, una política decidida en un sentido ú en otro y no andar con paños calientes, hoy con unos, mañana con otros, contentando en parte á una fracción y malquistándose con otra; no, es menester decidirse ya en un sentido ú en otro, pero de una manera neta, clara, que marque perfectamente los rum-

bos á seguirse; de otro modo, la marcha de un gobierno es imposible.

O se cuenta con la mayoría en las cámaras y entonces se pisa un terreno firme, ó se cae con la minoría, pero pronto, sin vacilaciones ni dudas, cuando le es imposible propiciarse en una ú otra forma el apoyo de la Legislatura que representa la opinión pública de la Provincia.

—Esa es también mi opinión— dijo Welping— y pienso que el nuevo Gobernador así lo entenderá, arrojándoles su renuncia á las primeras de cambio, si ve que la lucha es imposible.

Un criado interrumpió nuestra conversación, para anunciarnos que la comida estaba servida, y que la señora pedía disculpas, pues á causa de hallarse un poco indispuesta, no iría hasta los postres.

—Espero que no será nada de gravedad, exclamé, por decir algo, bien sabía cuál era la causa de su inasistencia: quería hacer lo más corta posible una situación penosa para los dos.

¡Bah!—dijo el señor Welping— tonte-rías, jaqueca ú otro dolorcillo insignifi

cante; pasemos, amigo Alreves, no os preocupéis, conozco á Inés, es muy aprensiva y por nada se declara enferma; lo siento tan sólo por vos; pensaba tener algunas personas á comer y por una ú otra causa dejan de concurrir y hasta mi mujer se indispone; indudablemente no tenéis suerte, aunque bien mirado más vale así, pues lo que es por mí prefiero comer solo á estar en compañía de gentes con quienes hay que estar lleno de cumplidos, cuidándose de lo que es dice y hasta de lo que se piensa.

—En cuanto á mí, contesté, como solo en casa, así ya podéis figuraros si me causará pesar la ausencia de esas personas.

Nos sentamos á la mesa, no tenía apetito, había almorzado muy tarde y no hacía sino picar los excelentes platos que se sucedían sin interrupción; en cambio hablaba sin cesar, casi como si quisiera olvidar el lugar donde me hallaba; ¿qué? ¡no tomáis vino!—exclamó Wel-ping—os voy á hacer probar un Chateaux Icquem que traje del Mar del Plata;

y á propósito, estoy deseando llegue Diciembre para irme á Mar del Plata, allí se descansa, se respira, se vive.

—Prefiero las sierras de Córdoba no tan sólo por el clima, más caluroso es cierto, pero también más saludable, sino porque uno está allí más cómodo, hay más confianza, más animación, no existe esa etiqueta fastidiosa del balneario.

—Todo lo que V. quiera, amigo mío, pero me quedo con este, no obstante sus inconvenientes y molestias; el calor me mata, ciento cuatro kilos no son broma; Vds. los delgados no pueden imaginarse nuestros sufrimientos en los días calurosos; me enfermaría, estoy seguro, si pasara un verano en Buenos Aires.

—Pero es el caso que en Córdoba el calor no os molesta, el sol es ciertamente más fuerte, pero basta colocaros á la sombra para encontrar fresco y por la noche baja de tal manera la temperatura que muchas veces se hace necesario usar sobretodo.

—Así he oído decir, pero de todos modos, sin dejar de reconocer las ventajas

de la sierra, no cambio: empezad por los baños de mar, el baño es para mí indispensable, insustituible, y luego la vida que allí se lleva, esa vida de diversiones y paseos, la playa, la ruleta, el tiro á la paloma, los paseos á los lugares y estancias cercanas; todo eso me encanta, me rejuvenece.

—Sí ¡eh!, pues precisamente esa clase de vida es lo que más me fastidia: os levantáis: á bañarse y luego á la playa, de ahí al comedor para almorzar, de la mesa á la terraza hasta las dos más ó menos, á esa hora se va al tiro á la paloma ó á la ruleta, en seguida de nuevo á la playa y luego á comer; después viene el baile y por último, para terminar, otra vez la ruleta; esto lo hacéis todos los días invariablemente, sin excepción; en cuanto á paseos ó fiestas campestres, se habrán dado otros años, pero lo que es ahora no se hace otro paseo que del Bristol á la playa y de la playa al Bristol.

Si á lo monótono de semejante vida se añade las exigencias sociales más imperiosas aún que en Buenos Aires y que

os obligan á cambiaros cinco ó seis trajes por día y á estar constantemente tieso, se hace imposible resistir mucho tiempo, sin aburrirse solemnemente, máxime si se tiene presente el estiramiento que ha invadido al balneario; se mira, se critica, se juega; he ahí todo lo que se hace, ni más ni menos.

—¡Ah! pues á mí eso me encanta: en Mar del Plata no paso un solo momento aburrido, y eso que siendo un hombre maduro y casado, no encuentro los halagos propios de la juventud.—El cuadro que acabáis de hacer es exactísimo, pero lo tomáis bajo un punto de vista, yo bajo otro, he ahí el porqué de la diferencia en la apreciación.

Comenzando por el baño, yo gozo, para mí es un gran placer, me baño dos veces por día y cada baño dura una media hora; luego el tiro á la paloma que á vos no os divierte, á mí me entusiasma: buen tirador, modestia á un lado, pocas son las palomas que se me escapan; y sobre todo la ruleta, pero vos no podéis comprender el placer ni las emociones

que uno experimenta cuando el que tira la bolilla dice, por ejemplo: «colorado el catorce», y lo habéis coronado, y luego se repite por segunda y por tercera vez, ¡oh! ¡qué impresiones! ¡qué vida, qué vida!, no pensáis en nada sino en divertiros, olvidáis todos los negocios, ningún pesar os molesta; nada, nada, á falta de Europa, Mar del Plata.

—Os engañáis, si me creéis de un temperamento frío y linfático; muy por el contrario, tal vez sea mucho más nervioso é impresionable que vos, y es precisamente por eso que no quiero tocar una carta ni jugar un centavo en la ruleta; el día que lo hiciera, sabe Dios á dónde iría á parar; vos no veis sino el lado bueno de esa vida, tal vez hayáis sido afortunado y la suerte os habrá sonreído en las diversas temporadas; por eso encontráis todo muy bueno; pero si hubieseis observado las distintas fisonomías de las personas colocadas alrededor de las mesas de ruleta, si no hubiérais estado tan absorbido en vuestro juego con la ganancia que obteníais, habríais podido ver la

angustia, el desengaño, la desesperación retratadas en los rostros de la mayoría de los desgraciados que han ido á jugar lo poco ó mucho que llevaban.

Es muy agradable ciertamente oír cantar un número que uno ha cubierto con diez, veinte, treinta ó más plenos, semi-plenos, líneas, columnas, etc., es muy lindo ver repetirse diez ó veinte veces el color que uno viene jugando; pero esto desgraciadamente es la excepción y la pérdida es la regla invariable, estando esta con la ganancia en una proporción de noventa á diez por ciento.

Para un ganancioso salen perdiendo nueve; jamás oiréis decir que al final de la temporada haya perdido la ruleta, todos los años es lo mismo, y sin embargo, todos los años se llena el Bristol, se llenan todos los hoteles y se llena Mar del Plata, la gente no escarmienta y cada temporada deja buenos pesos á M. Lasalle, quien no obstante eternamente os dice que pierde, que le han dado fuertes golpes á la ruleta, que Fulano ha ganado tanto y Zutano cuanto.

Verdad también que si no fuera por la ruleta, Mar del Plata vería sus playas desiertas, y todos los hoteles, empezando por el aristocrático Bristol, tendrían que cerrar sus puertas; por otra parte, playa de mar sin Casino no es concebible.

—En el fondo estamos de acuerdo, tal vez pensaré como vos si llego á perder; hasta ahora poco ó mucho, he ganado siempre en Mar del Plata; además, os diré con franqueza: el juego es desgraciadamente mi pasión favorita.

Cuando recién llegue de Europa, no sabía lo que era un naípe ni había entrado en ninguna casa de juego; á fuerza de especular en tierra y aprovechando la época de las grandezas y los negocios, llegué á ser millonario; debí retirarme y vivir con la renta, pero el mismo ramo de mis negocios me llevó á la Bolsa y allí no pude sustraerme al medio, jugué á la alza ó á la baja sobre oro y títulos, y en esa época todo me salía bien; hubo momentos en que llegué á ser un árbitro: cuando compraba oro ó títulos, todo el mundo se ponía á mi lado, y es claro,

subían de valor y ganaba lo que quería; si por el contrario me veían vender, se apresuraban á desprenderse de cuanto papel ó acción tuvieran en su poder y lo mismo que había vendido lo volvía á comprar bastantes puntos más bajos.

Pero desde hace años, la suerte se me ha dado vuelta, y es rara la operación de Bolsa que me reporta ganancias, he perdido mucho, muchísimo, y siempre buscando el desquite, tanto allí como en los clubs ó en las carreras, se me han ido algunos cientos de miles; tal vez este año me pase lo mismo en Mar del Plata, en fin, allá veremos, ¡para qué pensar en esas cosas tristes!—concluyó Welping—dando un profundo suspiro.

Así es; volviendo, pues, á nuestro tema, pienso deberíais ir á Córdoba aunque más no fuera que por un mes y veríais lo hermoso y agradable que es aquello, sobre todo la parte de la sierra donde están situados Cosquín, Santa María, Capilla del Monte, Cruz del Eje, Jesús María, Ascochinga, etc., etc.; el trayecto entre «La Calera» y el dique San Roque del

Ferrocarril Córdoba Noroeste es espléndido, lo mismo que el recorrido del Central Norte desde Córdoba á Jesus María.

Acostumbrado uno á las llanuras de Buenos Aires, las sierras le producen un efecto sorprendente, la inmensa pampa no se extiende ya monótona á nuestra vista, sino que aquí observáis una quebrada, más allá un mogote de forma extraña y caprichosa, desde cuya cúspide veis serpentear en un pequeño valle un arroyito cuya agua cristalina se desliza suavemente entre berros, helechos, espinillos y otros arbustos. De pronto, y cuando menos lo pensáis, pues lo accidentado del terreno no permite ver á mucha distancia, os encontráis con una ó varias mansiones rústicas; es muy raro hallar casas construídas á la moderna, pues la civilización se ha limitado por ahora principalmente á los hoteles, salvo por supuesto las casas y quintas situadas en los pueblitos como Cosquín, Cruz del Eje, etc.

No me cansaba de hacer excursiones, siempre tenía algo que ver, y los quince

días que pasé este año en la Falda, me parecieron cortísimos.

Situado el hotel al pie de una sierra bastante elevada, á mitad de camino entre Cosquín y Capilla del Monte, se divisa desde bastante distancia, sobre todo yendo de Cosquín, á causa de que el nivel general del suelo sube á medida que se acerca á Capilla del Monte ubicada próximamente á novecientos pies sobre el nivel del mar.

Su propietario D. Roberto, antiguo dueño del hotel «San Martín» en la ciudad de Córdoba, se ha hecho indudablemente acreedor á la protección y al favor que le dispensa la gente que veranea en esos parajes, la cual durante los meses de Enero y Febrero principalmente llena por completo el hotel, á tal extremo de verse obligado á hacer nuevas construcciones para poder atender todos los pedidos de habitaciones que se le hacen.

Si bien no tan grande ni tan soberbio como el Bristol de Mar del Plata, le supera en lo amplio de las habitaciones y en el mueblaje; y verdaderamente es digno

de encomio el esfuerzo que se ha hecho, empleando un capital de más de trescientos mil pesos en una empresa de resultado problemático, para montar el hotel á la altura de los mejores de Buenos Aires.

¡Qué momentos tan agradables se pasan allí!

Por la mañana generalmente se hacían pequeñas excursiones á pie ó á caballo á los lugares más cercanos, después de almorzar algunos cantaban ó tocaban el piano, otros bailaban y los demás conversábamos ó jugábamos al dominó ó ajedrez, pero todo ello en medio de la mayor confianza, como si estuviéramos en familia, en petit comité.

Nada de etiqueta, al principio ni siquiera se ponía uno smoking para comer; recién á fines de Enero se introdujo esa práctica por algunos jóvenes que llegaron de Buenos Aires.

Por la tarde se hacían alegres cabalgatas á diversos puntos, y por la noche, después de comer, se reanudaba otra vez la alegre reunión en la terraza y sala de

baile hasta las doce y media, hora en que todos se iban á la cama.

Cuando llegué, dado el estado de mi ánimo, cansado, fastidiado, creí aburrirme á los pocos días; al volverme casi sentía hacerlo. Un dato os bastará para comprender la diferente clase de vida que se hace allí en comparación con Mar del Plata. En la temporada de este año se concertaron en «La Falda» cuatro enlaces y en Mar del Plata ninguno, y es de tenerse presente que el número de personas veraneando en uno y otro punto está en relación de veinte á uno.

—Dato muy sugestivo por cierto, pero hablando de otra cosa, ¿qué opináis de la situación financiera del país?

—Pienso atravesamos por una época muy difícil, como toda época de transición; habituada la gente á un estado de cosas, á un modus vivendi, es indudable que todo cambio brusco y violento, aun cuando tienda á mejorar su situación en el porvenir, produce graves trastornos y ~~dificultades~~ dificultades momentáneas, hasta que el

pueblo se amolda al nuevo género de vida.

En tesis general, nadie puede sostener que la valorización del papel sea un mal, porque nadie se animará á decir que es mejor tener un millón de pesos que un millón y medio, y no otra cosa significa para nuestro país la baja de setenta puntos en el metálico.

Ahora, que los agricultores no ganen tanto como antes y que por lo tanto el comercio sufra algunos quebrantos, es claro, esto tiene que suceder; en cambio el valor de los objetos bajará y la vida se hará más barata.

Tal vez, en el primer momento la disminución en los recursos no esté en relación con la rebaja en los gastos, pero el equilibrio vendrá más ó menos pronto y el malestar que se nota pasará siguiendo el curso natural de las cosas.

—Soy de la misma opinión, pienso que el gobierno debería observar un papel pasivo en absoluto, nada de planes ni de reformas que no sirven sino para produ-

cir alarmas y favorecer el agio y el juego sin resultado práctico alguno.

Así es; una medida, sin embargo, que creo conveniente sería la división de nuestra unidad monetaria, reduciéndola á la quinta parte de su valor actual, así el peso moneda nacional sería veinte centavos actuales y á su vez éstos se dividirían en cien partes, exactamente como el franco.

En primer lugar, á uno le parece más dinero cien pesos moneda corriente, por ejemplo, que cuatro nacionales y pico, su equivalente actual; será ilusión, pero el hecho es exactísimo; luego la vida para el pobre se hace más fácil; con la mayor subdivisión de la moneda, tal vez puede comer un zoquete con la quinta parte de un centavo, un céntimo francés, y sin embargo, le obliga á gastar cinco veces más; hay objetos que pueden valer menos de un centavo, y no obstante, se les pone ese precio porque es imposible fijarle uno menor, impidiendo quizás en esa forma se compren por muchos individuos de la clase obrera ó trabajadora.

Además, el presupuesto de una familia se hace de una manera más conveniente; se pierden menos fracciones, que unidas las unas á las otras hacen una suma respetable; si un jornalero compra un pan por medio centavo en vez de un centavo, si una cinta que necesita su mujer vale la tercera parte, es claro, se ahorra una cantidad considerable sumando un día con otro, y hasta en las fracciones se puede observar la ventaja; así, por ejemplo, cuatro centavos de la actual moneda serían veinte; si á un pobre le basta comprar por valor de diez y siete, ahorra tres, lo que ahora no podría hacer sin la subdivisión.

Pero no es esto sólo, se trata de nacionales y se pide hoy quince pesos por un artículo y mañana veinte sin mayor dificultad, y sin embargo, difícilmente podría suceder lo mismo cuando se dijera setenta y cinco y cien, porque la diferencia es más notable, cuanto mayor es la cantidad numérica.

En ese momento la puerta se abrió para dar paso á Inés; su semblante pálido

y desencajado decía claramente la lucha sostenida en su interior entre el deber y el amor. Se retrataba en sus facciones el desfallecimiento, el cansancio por esa lucha, cuyo desenlace se acercaba; no sabía cuál saldría vencedor, pero todo me inducía á creer que la crisis se aproximaba á grandes pasos.

Me saludó de la manera más fría; si no hubiese estado en el secreto, hubiera pensado le era el hombre más indiferente; ¡qué mujer!, cuánto valor, cuánta energía se necesitaba para fingir de ese modo.

—Aquí lo tienes al Dr. Alreves, casi lo he traído á la fuerza; desgraciadamente, ninguna de las invitadas ha cumplido su compromiso; con seguridad, si hubieran sabido que esta noche honraba nuestra mesa, no habrían faltado, porque bien pensado, es uno de los mejores partidos: joven, rico, buen mozo, con un apellido de primer orden, nada más puede pedirse. Sé lo que vais á decirme, pero es inútil, no protestéis y si no que lo diga Inés.

De pálida que estaba se convirtió en

una amapola, balbuceó algunas palabras y me miró, ¡oh, qué mirada!

Ninguna frase por elocuente y ardiente que sea podría igualarla, podría decir más de lo que aquella mirada me expresó; en ese momento todo su ser se concentró en las pupilas, sus hermosos y rayados ojos negros desprendían rayos de amor y ternura, durante algunos segundos nuestras almas se fundieron, cuando volví á la realidad Inés lloraba.

—Pero ¡qué tienes, mujer! bonita recepción le haces, para eso más valiera no hubieses salido.

—Sufro mucho de la cabeza, V. me disculpará si me retiro.

Ya repuesta me estrechó la mano, tan fríamente como al entrar.

Qué cosa tan divertida, exclamó Wel-ping cuando hubo salido; siempre llorando, siempre triste; es cosa bien fastidiosa las mujeres románticas.

¡Romántica! cómo se veía que no la comprendía, y cómo había de comprenderla un hombre tan prosaico, un individuo tan material.

Permanecimos aún algunos momentos más en la mesa y me despedí alegando una invitación, no sin antes prometerle ir al día siguiente á las carreras; se corría el premio París, una fija, decía, para su caballo Ajax.



X

EN EL HIPÓDROMO

Un día espléndido, de esos que sólo se presentan en invierno, la atmósfera pura, el cielo sin una nube que empañara el brillo del astro diurno, convidaban á salir, á tomar aire.

Cuando llegué al Hipódromo, desfilaban en la pista los caballos que habían de tomar parte en la gran carrera; miles y miles de personas bullían en las tribunas, casillas de sport, paddock y demás dependencias; el tránsito se hacía difícil y el Hipódromo era chico para contener la enorme concurrencia, que como mancha negra todo lo cubría. Apenas si el palco oficial daba una nota animada y vistosa rompiendo la monotonía del pai-

saje; ocupado por señoras y niñas, sus atavíos multicolores quebraban esa uniformidad del color negro y hacían que la atención se fijara en él inmediatamente.

Allí estaba lo mejor de la sociedad bonaerense invitada por la comisión directiva del aristocrático club, como es de práctica cuando se corren los grandes premios, costumbre que debía hacerse mucho más general, pues sería un punto de reunión en el que á diferencia de la Opera, las personas se mueven, hablan, conversan y pasan en fin, un rato muy agradable.

Podían verse entre otras las señoras y señoritas:

Señoritas: Frers de Pellegrini, Bullrich de Peña, Livingston de Dorado, Van Praet de Acosta, Dorado de Perú, Cantillo de Bullrich, Lagos de Pellegrini, Dorado de Tuckerman, Mitre de Caprile, Uriburu de Gironde, Bilbao de Solier, Lacroze de Martínez de Hoz, Napp de Lumb, Elizalde de Jacobé, Temperley de Montes de Oca, Lynch de Casares, Lumb de Casares, Montes de Oca de Casares,

Martínez de Varela, Rodríguez de Frías, Saguier de González Moreno, Pombo de Piñero, Madero de Güiraldes, Costa de Sala, Rolón de Basavilbaso, Reto de Escalante, Ayarragaray de Navarro Viola, Santamarina de Pacheco, Zumarán de Botet, Zumarán de Cárcano, Cambaceres de Blanco, Tomkinson de Roca, Cambaceres de Luro, Frías de Arning, Achával de Bungue, Tornquist de De Bary, Sánchez de Méndez, Beltrán de Escobedo, Astengo de Mitre, Piñero de Martínez, Elía de Sánchez, Sabores de Luro, Arteaga de Bunge, Pellegrini de Galeano, Rodríguez Etchant de Marín, Sastre de Paz, Urioste de Bullrich, Lynch de Duportal, Nazar de Beccar Varela, Barrenechea de Bustamante, Gómez de Livingston, Carlés de Guerrico, Fynn de Farini, González de Gowland, Hunter de Cano, Freyre de Aldao, Lynch de Legarreta, Quintana de Pearson, Unzué de Aldao, Murga de Peña, Altgelt de Cárdenas, Ocampo de Elía, Maderna de Frederick, Salas de Cobo, Mackinlay de De Bary, Cabral de Hunter, Cobo de La-

valle, Ocampo de Paz, Pereyra de Le Bretón, Sierra de Vedoya, Cané de Dimet, Solís de Moss, Velas de Alcobendas, Villar de Ghiraldo, Mezquita de Chevalier, Correa Morales de Cobo, Saguier de Zemborain, Guerrico de González Segura, Monasterio de Peña, Sánchez de Mendez, Senillosa de Pasmann, Dormal de Olazábal, Unzué de Quintana, Taylor de Cambaceres, Blaquier de Rocha, Urquiza de Blaquier, Quintana de Achambault, Piñero Pacheco de Armesto, Acebal de Soto, Jiménez de Rolón, Goñi de Güiráldez, Moreno de Terrero, Juana María Barreto, María Florentina Moreno, María, Isabel y Clementina Ferrero, Mercedes y María S. Guerrico, María A. Elizalde, Silvina y Celia Lynch, Marta y Dora de Bary, María C. Sala, Sara y María I. del Campo, Elisa Roca, Lola y Blanca Campos, María, Emma y Elena Green, Carolina Benítez, Sara Pearson, Estela y Elena Grondona, Lola y Elena Santamarina, Elena Botet, Consuelo Ramirez, Adelina y Ana Solveyra, Margarita y Delfina Caprile, Magdalena Gow-

land, Felicitas y María Ignacia Guerrero, María L. Sastre, Herminia González Rubio, Cora y Celia Gallo, María, Luisa y Mercedes Tornquist, Adela y Marta Unzué, María Méndez, Lorenza Zenavilla, Julia y Leonor Bilbao, Rosa A. Barrenechea, Ernestina y Mercedes Bunge, Esther Marín, Sara Martínez de Hoz, Zulema Peralta Ramos, Lola Lacroze, María E. Sánchez, Mercedes Van Praet, Estela Achával, Celsa Lastra, Clotilde Holmberg, Adelia y Marta Acevedo, Sofía Cañas, Eloísa Oyuela, María E. Hueyo, Carmen Escobedo, Elisa, María y Alcira Agote, María I. y Lola Velarde, Elena Duportal, Virginia Tomkinson, María M. Torres, Fernanda Urdinarrain, Cora Pasmann, Margarita y Mercedes Quiroga, Emilia Witcomb, María C. Richart Lavalle, Laura Gironde, Virginia Dorado, Zulema, Fanny y Sofía Moss, Lucila Cano, Sara Bracht, Laura Vedoya, María Ramirez, Eva y Lilia Però, María Isabel Livingston, Luisa Israel, Trinidad y Angélica Elía, Celina Ocampo, Silvia y Paulina Tarnassi, Trinidad Méndez, Blanca

Fynn, Carlota Alston, Amelia y María Olazábal, Carmen Bengolea, Remedios y Virginia Acosta, Raquel Celia y Zulema Grondona, Sofía Ayarragaray, Susana Lynch, Isabel Pasmhnn, Emilia Bustillos, Julia Valentina Bunge, Sara Nevares, Sara Cané, Lorenza Zenavilla, Arnolda Brinckman, María Gertrudis Lavallol, Adela Lamarca, Mercedes y Susana Demaría, María Luisa Ocantos, Dolores é Inés Cobo, Elisa Peña, Luisa y Ester Lavougle, Rosa Iburguren, María Barrutti, Manuela y Elena Paz, María Luisa Kier, Josefina y Marta Lavalle Cobo, Elena Goñi, Isabel Ayarragaray, Sara Senillosa, Cecilia Casares, Susana y Zulema Rosa, Cora Guimi Costa, María Rosa Murature, etc., etc.

Busqué en el palco el objeto de mi ida y no la halle; aun no había llegado; pocos momentos después, subía la escalera en medio de dos filas de personas que saludaban á su paso, parecía una reina del brazo de un bufón; la miré fijamente y un ligero carmín asomó á su rostro al apercibirse de mi presencia. Saludó y

fuese á ocupar un asiento en el extremo opuesto al que yo me hallaba.

En ese momento la campana indicaba el momento de largarse la carrera, los caballos alineados bajo la dirección de sus jockeys, con sus llamativos uniformes, parecían esperar impacientes se diese por el Starter la señal de partida para lanzarse á la lucha.

Momentos de expectativa, un zumbido como de abejas sonaba sin cesar, de pronto una exclamación y luego un silencio profundo: la carrera acababa de largarse después de varias partidas falsas.

El pelotón compacto en un principio se desgrana poco á poco al tomar cada jockey la colocación más conveniente; la casaca marrón y naranja representada por *Gonin* se encarga de la dirección del lote, imprimiendo fuerte tren á la carrera, los otros caballos le siguen en pequeños grupos de dos ó tres, escoltados en el fondo por las chaquetillas verde y blanca de las ecuries Argentina y Derby; al doblar el primer

recodo, vuelve á oirse de nuevo el zumbido: el leader ha sacado una gran distancia á sus rivales cuya colocación no varía. En esa forma los caballos entran á la recta opuesta á las tribunas, *Gonin* distanciado adelante conserva la misma ventaja, pero ya los del fondo se acercan al pelotón del centro; el zumbido se hace cada vez más fuerte, oyéndose algunos gritos: *Gonin, Pillito, Filou*, exclaman los partidarios de cada uno de ellos, y la algarabía crece de punto en punto á medida que el desenlace se acerca; al aproximarse al último recodo, la velocidad se aumenta y los jockeys piden el primer esfuerzo á los nobles brutos; de nuevo al silencio, una tregua, los caballos van á desembocar en la recta y el pelotón se hace confuso, siendo difícil distinguir la colocación.

De pronto no se oye sino un nombre *¡ Pillito!* En efecto, la casaca blanca se acerca al delantero y después de breve lucha lo vence al enfrentar el paddock; sin embargo, la carrera no está decidida aún; el terrible rival que ha hecho el tren,

recobra nuevos bríos y vuelve al ataque avanzando sobre su adversario, la lucha se entabla de nuevo, los látigos caen y en esa forma ambos caballos se acercan al disco.

La contienda parece limitada á esos dos animales, cuando repentinamente se ve surgir del fondo la casaca verde de la ecurie argentina: es *Filón* que en avances magistrales alcanza á sus rivales; la algarabía, el ruido ensordecedor que nadie oye, preocupado como está en el desarrollo de la carrera, aumenta á medida que los caballos se acercan á la meta, doscientos metros, cien, cincuenta, los látigos y espuelas funcionan con todo rigor, veinte metros, diez... ya llegaron; *Pillito* ha conseguido sostener medio cuerpo de ventaja sobre sus rivales, que hacen *dead heat* el segundo puesto, según lo establece el fallo del juez de raya.

Un suspiro de satisfacción en unos, de desengaño y rabia en otros, se escapa de todos los pechos, la calma y el silencio se establece durante un momento hasta que gritos de delirante entusiasmo, indi-

can el paso del ganador de vuelta al paddock para pesarse; sombreros y bastones se arrojan en la pista á las patas del vencedor y la concurrencia, es decir, aquella parte de ella que ha ganado corre á ver el caballo, al jockey y al afortunado propietario que con el sombrero todo abollado y recibiendo las caricias más ó menos brutales de sus amigos y conocidos, se dirige presuroso al paddock.

Después de ésta carrera la concurrencia se disemina por el parterre, formándose diversos y animados grupos.

Welping, que se hallaba á mi lado exclama: desde este momento me pertenecéis en cuerpo y alma, venid y tomaremos té con Inés en aquella mesita.

No había medio de eludir el compromiso; sin duda, seguía creyéndome su mascota.

¿Venís mucho á las carreras, me preguntó Inés, una vez sentados.

—Por primera vez lo hago desde hace seis años, no soy aficionado á esta clase de espectáculos, y además, detesto todo lo que es juego; indudablemente es muy

agradable ver ganar el caballo de uno, como es muy agradable también sacarse la grande en la lotería, pero ésto es la excepción, y por regla general, de diez caballeras, ocho salen perdiendo al finalizar el año.

Además tiene otro inconveniente sostener un stud y es que se apasiona uno de tal modo por esta clase de sport, que ni piensa ni habla más que de caballos, ni la familia, ni la sociedad, ni la mujer, ni los hijos lo distraen como los pensionistas del stud; cuidan más un animal que cualquiera de sus deudos; todo el día metidos en los studs, no comprenden ni pueden comprender haya placer en otra cosa y sólo pierden la afición, cuando arruinados, se ven en la necesidad de abandonar todo; recién entonces se convencen de lo malo que es ser sportman, pero ya es tarde para impedir la catástrofe.

—¡Bah, bah! ¿son consejos? si es así os aviso perdéis el tiempo.

—Así es. desgraciadamente, interrumpió Inés, no os esforcéis, doctor, las mis-

mas reflexiones se las he hecho muchas veces y jamás he conseguido nada.

—¿Qué sabes tú? ciertamente, el stud me dió pérdidas el año pasado y este año aun voy perdiendo, pero ya ganaremos, y á propósito voy á ver á Ajax, que corre en la carrera siguiente, vos haréis compañía mientras tanto á Inés, y sin esperar respuesta se dirigió presuroso hacia el paddock.

Cuando estuvimos solos, la mesita se hallaba á bastante distancia de los demás, se apoderó de nosotros la turbación consiguiente, ni ella ni yo nos atrevíamos á mirarnos, completamente mudos y sin saber qué hacer.

La situación se hacía intolerable y era menester salir de ella cuanto antes, levanté la vista, iba á decirle cualquier cosa, algo sobre el tiempo, pero las palabras espiraron en mis labios: había encontrado de nuevo la mirada de la noche anterior; un escalofrío recorrió mi cuerpo y perdí la noción de lo que me rodeaba.

—¡Oh! qué feliz me hacéis!—exclamé,

tomándole la mano y llevándola á mis labios— ¡cuánto os amo!

—Enrique, tened compasión de mí— dijome retirando lentamente su mano— es preciso no os vea más; la lucha que vengo sosteniendo, me mata; nunca dejaré de amaros, pero no viéndoos al menos, la tentación no hará presa de mi pobre cuerpo, ya que el espíritu se cansa de resistir.

—Partiré, sí, basta que vos me lo pidáis, con ello hago el sacrificio más grande en aras del amor; pero antes, antes, quiero veros aun otra vez, quiero hablaros, expresar cómo os adoro, quiero mostraros, en fin, cuánta pasión se encierra aquí; después... ya no me veréis más.

—Haced como queráis, ya no lucho. ¡Dios mío, he sufrido tanto!

En este momento un grupo de alegres niños vino á interrumpir nuestro idilio; cual bandada de aves perleras se arremolinaron á nuestro alrededor, bromeando y cñacoteando á más y mejor.

—¡Hola, hola! tanto bueno por aquí, exclamó Luisa Liner, y tan retiraditos,

al cabo os habéis dignado presentaros en sociedad, en fin, más vale tarde que nunca.

—Seguramente, Inés, dijo Juana Bentz, os estaría contando alguna aventura de la India ó la China; fuera de toda duda, deben ser países muy curiosos; sin embargo, no los cambiaría por París; cuando fuimos al viejo mundo, nos instalamos desde un principio allí y ya no nos movimos sino para tomar el vapor de retorno.

—Cuestión de gustos, contesté; temiendo me pasara lo mismo, decidí dejar París para el último momento, pero una vez en la gran ciudad, me convencí de que ese temor era infundado; á lo menos respecto á mí, no solamente no ejercía grande atracción, sino que concluyó por aburrirme al cabo de algun tiempo; París es inmejorable con seguridad para el joven de vida galante, pero no presenta grandes atractivos para el hombre serio, que viaja por instrucción y para ver cosas nuevas; al fin y al cabo, no es sino una ciudad, como Buenos Aires, con más

gente, más dinero y más lugares y ocasiones en que gastarlo.

—Parecéis un viejo ¡qué teorías! Nunca he ido á Europa—exclamó Isabel Tellez—pero tengo la misma opinión que Juanita: para mí no hay nada como París; según he oído decir, allí se encuentra todo lo mejor, es el centro del mundo; de allí vienen las órdenes y hasta la moda nos es dictada por los parisienses; muchas veces siento no haber nacido en ese país: ¡cuán orgullosa estaría si pudiera llamarme francesa!

—¡Qué cosas más raras se le ocurren á Isabel!—dice sonriendo Fina Morés—pues lo que es yo no tengo el menor deseo de moverme de aquí.

—Ya lo creo, como habríais de moveros á menos que á Jaime se le ocuriera acompañaros.

—Bien sabes, Juana, no me gustan esas bromas desde que no hay nada de por medio, somos amigos, buenos amigos, pero nada más.

—Sí, hazte la inocente, figúrate Inés que casi todas las noches, el joven Parés

se pasa entre actos enteros y hasta actos en el palco conversando con Fina..., y quiere hacernos creer que es simple amistad: no somos tan leles.

—Señoras, señoritas—exclama en este momento Welping—que llega muy agitado, si queréis ganar dinero jugad algunos boletos á mi caballo.

—Sí, sí, juguemos—prorrumpen varias voces—á ver, dice una de ellas, que se levante una subscripción; cinco, diez, quince, veinte, cincuenta, aquí hay cincuenta pesos, compremos cien boletos, lo que falte lo ponen Vds.

—¡Qué ocurrencia, Juana!

—Bah, Welping tiene tanto dinero que lo tira á puñados, y en cuanto al doctor, paga de esa manera el mal rato que nos ha dado con su aire de hombre serio y reposado: ¿quién se encarga de comprarlos?

—No hay para qué moverse, sin duda Welping tiene más de mil boletos, cededme cien, aquí tenéis los doscientos pesos dije, poniendo sobre la mesa un billete de Banco de ese valor.

Pero así no es el trato, no es esto lo convenido; por lo pronto, recibid vuestros cincuenta pesos y que Welping os devuelva la mitad del saldo.

—Nada, nada, no admito discusiones, como ha dicho muy bien Juanita, pago el mal rato dado á la reunión y conste que el precio me parece muy bajo.

La campana sonaba en ese momento indicando haber llegado la hora de largarse esa carrera, cada uno tomó la colocación más conveniente para ver los caballos, hacinados precisamente frente á nosotros.

—¿Cuál es el suyo?—preguntó Isabel Telles.

—Aquel alazán cuyo jockey lleva uniforme azul y colorado, lo corre Aguilera, uno de nuestros mejores jockeys.

—Uf, qué animal tan feo—dice Juana Bentz,—mira María qué desgarbado; me parece difícil que gane.

—Ya lo veréis llegar primero, la vista engaña, es el mejor de mis pensionistas. Come, bebe y duerme perfectamente y está alegre y contento como nunca,

pero ya largaron, me voy á verla desde la tribuna, aquí no se ve nada.

Efectivamente, desde el lugar en que estábamos era imposible apreciar el desarrollo de la carrera, pero pudimos, sin embargo, ver el momento en que Ajax, distanciado varios cuerpos de sus adversarios, cruzaba triunfante la meta.

Poco después llegó Welping jadeante con el sombrero abollado, pero con la satisfacción retratada en el rostro; «no lo os decía, ya lo habéis visto, ha ganado como ha querido; no podía ser de otra manera, habiendo venido mi querido doctor; su presencia hace que todo me salga bien; con seguridad, si no estuviera aquí, mi caballo se habría mancado, ó habría sufrido algún accidente en la carrera.

Bien dice el refrán, pensaba yo, *«afortunado en el juego, desgraciado en el amor»*.

Mil felicitaciones llovían de todos lados, niñas y señoras le estrechaban la mano y por algunos instantes fué el blanco de todas las miradas; su semblante, rebosaba de satisfacción y ofrecía un ex-

traño contraste con el pálido y triste rostro de su esposa.

—¿Nos vamos, Arturo? No me siento bien.

—Como quieras, deseaba ver la última carrera, pero en fin, qué le hemos de hacer, vámonos.

—Adiós, doctor, no os perdáis.

Al estrechar la mano de Inés, un presentimiento me hizo retenerla en la mía breves instantes, y cuando bajito, muy bajito le dije: «mañana á la noche me veréis, esperadme», me pareció que la estrechaba por última vez.

XI

CONCLUSIÓN, TODO ERA UN SUEÑO . . .

Ya en casa, pasaba revista á los acontecimientos del día reflexionando sobre mi actitud, ¿haría bien en seguir de protector de Welping? ¿no sería tal vez más conveniente abandonarlo á su suerte, dejando se produjera la catástrofe que se acercaba á pasos agigantados?

El ángel malo, la tentación, murmuraba á mis oídos: «no seas tonto, déjalo se precipite al abismo, así Inés será más pronto tuya; de todos modos con ello no faltas á tus deberes, ¿á qué te metes en los negocios ajenos?»

De pronto se me aparecía su pálido rostro y toda la argumentación anterior se desvanecía; una voz dulcísima

susurraba: pobre Inés; no la hagas más infeliz; si verdaderamente la amas, trata de impedir su ruina, tú no sabes dónde podría llevarla la desesperación; cerraba los ojos y la veía acercarse presurosa, tendíame la mano y me llamaba su bienhechor; ¡qué suave éxtasis! Un campanillazo me sacó de mi ensueño.

Este señor desea hablaros.

Tomé la tarjeta que alargaba mi criado y leí: Nicéforo Curtis.

.....

—No le conozco, que pase.

Tras breves instantes se presentó un hombrecillo de unos cincuenta años; su rostro enjuto y apergaminado, estaba animado por dos ojillos que giraban incesantemente tras unas gafas encasquetadas sobre una nariz prominente.

Entró haciendo grandes genuflexiones, se secó la frente con el pañuelo, aunque el tiempo estaba bastante frío, se compuso el pecho, arregló los lentes y mirándome con aire socarrón dijo:

—Perdonadme si os molesto á horas tan intempestivas, pero el asunto que me

trae no admite esperas, mañana ya sería tarde; si no consigo de vos lo que me propongo, habré terminado mi misión y me restará tan sólo comunicar á mi comitente el mal resultado de las gestiones.

—Pero por fin, ¿de qué se trata?

—Os lo diré; soy el notario del señor Welping... ¡eh! lo dudáis, en esta cartera están varios documentos que os lo comprobarán: leedlos.

—No hay necesidad, seguid.

—Me parecía habíais hecho un gesto de asombro ó incredulidad.

—No era nada, un movimiento nervioso.

—Pues como iba diciendo, soy el notario del señor Welping; no sé si sabréis que los negocios de mi cliente van en muy mal camino y su ruina será un hecho, si alguien no le tiende una mano salvadora, de lo que no tengo mucha esperanza; os pongo en antecedentes, pues el servicio que de vos espero hace necesario lo sepáis todo.

—No me toma de sorpresa, ya tenía conocimiento de ello, adelante.

—Bien, es el caso que mañana á las doce se vence el término fijado para poder retrotraer la estancia de Rauch, que representa la mitad de su fortuna, vendida á un usurero en una suma insignificante y en un momento de apuro por una deuda de juego.

Si á esa hora no he conseguido la cantidad de ciento veinte mil pesos, precio de la venta, el campo quedará irrevocablemente perdido; no me ha sido posible hasta ahora obtener esa suma, pues se hallan todas sus otras fincas hipotecadas hasta casi la totalidad de su valor, y en cuanto al crédito personal, lo ha perdido por completo y su firma no es descontable hoy día en plaza.

Hasta hace tres días el miserable usurero se manifestó conforme en renovar el contrato, y Welping está aún en esa creencia; sin duda trataba de ganar tiempo, esperando llegara el último momento, para negarse á la renovación y hacerse de ese modo dueño por ciento veinte mil pesos de una finca que vale más de dos millones.

A estas horas ya no se puede pensar en traspaso ó cualquier otra operación más ó menos larga, pues sólo faltan unas pocas horas para el vencimiento del plazo; así, pues, perdido por perdido, os vengo á proponer un negocio: vos me entregáis mañana la suma de cuatrocientos mil pesos y os quedáis con el campo; mi pobre cliente saca doscientos ochenta mil pesos más y vos hacéis un espléndido negocio; acudo á vos, porque sé sois de los pocos que puede descontar con su sola firma tan fuerte suma en los Bancos. ¿Aceptáis?

—No, señor.

—¿Tenéis alguna razón para negaros?

—Ninguna: pura y simplemente porque no quiero.

—Está bien, disculpadme si os he molestado.

—Absolutamente; una sola pregunta: ¿cómo es el nombre del acreedor?

—¿Para qué queréis saberlo? En fin, se llama Manuel Labmop.

—Perfectamente, y vive...

—Calle Victoria, número 1835.

—Mil gracias: ¿ciento veinte mil pesos, no?

—Exactamente—contestó mi hombre, cada vez más asombrado.— Para servirlos.

—A vuestra disposición.

Ya se comprenderá que al contestar rotundamente que no aceptaba el negocio, estaba decidido á salvar en cualquier forma á Welping.

Mi primera idea fué avisarle inmediatamente el peligro que corría; la noche anterior había ganado cincuenta mil pesos y en las carreras tal vez unos diez mil, es decir, tenía en su poder la mitad del precio de venta, el saldo lo pondría yo y asunto concluído.

Sin embargo, momentos después desechaba esta idea, primero porque no quería que Welping se enterase de mi entromisión en sus negocios; segundo, porque no hacía el servicio á él sino á Inés, y por lo tanto, nada tenía que hacer con él; y por último, y esta era la razón más poderosa, me parecía ruin y inequino hacerme aparecer tarde ó temprano á los ojos

de Inés como un protector de su marido, así como si dijéramos pagando su amor.

No, sencillamente procedería como ya lo había hecho con la letra; antes de las doce sabría que se hallaba á su disposición la expresada suma de 120.000 pesos.

Así resuelto, entraba á las diez de la mañana del lunes en el escritorio de los Sres. Ovarb y Ca, situado en la calle San Martín.

Casa de remates y comisiones se titulaba, pero en el hecho era un verdadero Banco, empezando por su instalación; salones espaciosos, largos mostradores detrás de los cuales se veían numerosos empleados, atendiendo á los clientes que entraban y salían incesantemente á pesar de ser tan temprano.

Me dirigí directamente al escritorio de Ovarb y después de saludarlo sin mayores preámbulos, pues era antiguo conocido, le dije:

—Necesito para hoy ciento veinte mil pesos, aquí tienes los títulos de varias

propiedades que representan muchas veces esa suma, ¿puedo contar con ellos?

—Espera un momento, voy á atender á esas personas que desean hablarme y soy contigo en seguida.

Efectivamente no tardó mucho en quedar desocupado; cada uno exponía su petición á lo que respondía en términos breves y pasaba á otra.

—¿Qué quiere tanta gente?

—¡Eh! unos vienen á comprar casas, otros por el contrario encargan la venta en remate ó privadamente de un campo ó finca, algunos desean hipotecar sus bienes, otros solicitan adelantos de fondos sobre propiedades á vender y no faltan quienes vengan á ofrecer dinero, buscando una buena colocación, que es mucho más fácil encontrar por intermedio nuestro; precisamente ese señor grueso, alto, rubio, venía á decirme tenía doscientos mil pesos á colocar; esta es la mía, dije, uno que pide, otro que ofrece, asunto concluído. ¿Cómo quieres se haga la operación, en hipoteca ó en anticipo de venta de alguna propiedad? Por supuesto, es

entendido tendrás el dinero hoy mismo firmando un pagaré.

—Prefiero la venta, no me gusta tener gravámenes ni obligaciones, véndeme la casa de la calle Cuyo, por ejemplo; en cuanto al precio se loijas; tú mejor que nadie podrás establecerlo: ¿á qué hora debo volver?

—A las dos; he dado cita á ese señor para la una.

—Hasta luego, pues ahí te esperan algunas personas y no quiero robarte más tiempo.

Cuando salí respiré con libertad, me había sacado un peso de encima, no porque dudase un momento pudiera obtener los ciento veinte mil pesos, sino porque lo angustioso del plazo, unido al monto de la cantidad, hacía difícil conseguirlo en plaza.

Almorcé en el café de París con mis antiguos camaradas, que, fieles á la costumbre, seguían yendo diariamente de mañana y de noche.

Nunca estuve más locuaz y decidor, se habló, sobre todo, de política, de finan-

zas, de derecho, de literatura, de música, de festejos, etc., etc.; el viaje de su excelencia al Brasil; la llegada de la otra excelencia que según muchos pondría remedio á todos los males políticos y económicos que nos afligen; la actitud del comercio y los industriales, el juicio político del Dr. Auchea; la ópera recién estrenada de Berutti, que unos sostenían era bastante buena y otros, la mayoría, opinaba era inaceptable, tanto por el libreto como por la música; la silbatina á Mascheroni; el compromiso de Parés con Finna Mores; la desgracia de Cavi, que había entrado en el gremio de los predestinados, y muchos otros fueron los temas de nuestra conversación hasta la llegada del momento solemne de tirarse los dados para ver quién era el pagano; como era de suponerse me tocó á mí; pagué y salimos.

Eran cerca de las dos; me despedí de mis amigos y dirigí otra vez mis pasos á lo de Ovard; ya tenía todo listo; firmé el pagaré, recibiendo un cheque contra el Banco Alemán por los ciento veinte mil pesos, que cobré en seguida; puse el di-

nero á nombre del Sr. Curtes, avisándole que estaba esa suma á su disposición, y me volví á casa satisfecho de mi obra, con la conciencia tranquila y lleno de gozo por la acción llevada á cabo.

Mi misión respecto del Sr. Welping había terminado, por lo menos momentáneamente, su situación se había despejado y la miseria no visitaría el hogar de Inés.

Por ella lo hacía todo; seguramente su marido no se imaginaba que esa mano salvadora, ese ángel de la guardia, esa mascota, como decía, había momentos que deseaba ardientemente su muerte.

No se profundizan los designios de la Providencia, pero se ven á veces tales aberraciones en la naturaleza, que se pregunta uno: ¿Es justa, es equitativa tal ó cual cosa? Cuán felices hubiéramos sido Inés y yo, y sin embargo, la Providencia, el destino, no había querido que así fuera. Pobre ser humano, debía inclinarse la frente ante el Supremo, como dice Manzoni en su célebre oda al «Cinco de Mayo».

El hombre progresa, adelanta, pensaba yo, pero no por eso deja de ser hombre, es decir, había dejado de serlo para convertirme en animal, para descender en la escala zoológica y entrar en el reino de los irracionales, pero no para elevarme y convertirme en un ser superior.

Recordé entonces que esa noche debía ver á Inés, ¿cómo? He ahí la cuestión; por supuesto recurriría á la maravillosa facultad que me permitía transformarme en un animal, pero aun asimismo la empresa no era fácil, porque nada era verla, para eso podía ir á la casa en mi figura humana, tal cual era, con la seguridad de ser recibido con los brazos abiertos por Welping, pero estar con ella á solas los dos, hablarla, expresarle por última vez el inmenso amor que sentía, eso ya no era tan fácil.

En fin, después de mucho pensar, me decidí á transformarme en ave, eligiendo entre ellas al loro, así el introducirme en su casa sería relativamente fácil y una vez allí ya veríamos la manera de estar solo con ella.

Tomada esta resolución, como no eran sino las cuatro, me dirigí al Jockey Club, ya debía estar por llegar Wipeelle y además quería ver á Welping, quien seguramente á esas horas estaría instalado allí.

Efectivamente ahí estaba en un corrillo de varias personas que hablaban y gesticulaban acaloradamente; me acerqué, se trataba del bienvenido, del mesías, como lo llamaban sus partidarios y amigos en el calor de la discusión, quién elogiaba sus condiciones personales, quién su entereza y valor cívico, su intelectua- lidad era considerada muy por encima de la de todos los de su generación, concluyendo por fin en que era la primer personalidad del país.

A eso de las cuatro se oyó un lejano vocerío, todos se lanzaron á la terraza y balcones; á las dos cuerdas de distancia asomaba la cabeza de la columna que cual negra serpiente avanzaba lentamente, ya se percibían los gritos de los manifestantes y el nombre del caudillo, del hombre del día, era repetido por millares de voces.

Dos cuerdas más ó menos ocuparía la manifestación, en las aceras y balcones, el pueblo curioso pero indiferente, miraba pasar los manifestantes; el entusiasmo, el frenesí, la locura de otros tiempos había pasado ya, una atmósfera helada, producto de tantos desengaños, de tantas esperanzas frustradas hacía algún tiempo flotaba en el ambiente político de este pueblo, y sin embargo, era el que llegaba la última esperanza de algunos; ¡cuán profundo debía ser el desaliento en esos instantes!

Al llegar al Jockey la columna, una comisión sale á recibir al grande hombre y una vez en la terraza, el Sr. Wiperoc, á nombre del alto comercio, le dirige la palabra y en un hermoso y bien meditado discurso, hace la apología del hombre y expresa lo que el país espera de él.

Contesta el caudillo que se encuentra muy emocionado, al punto de derramar lágrimas, y luego llega el momento de los abrazos, de los apretones de manos, de las felicitaciones, todos quieren hacerse presentes, todos quieren mostrar su adhe-

sión al hombre público que según la mayoría será el árbitro de los destinos del pueblo.

Aun me parece estarle viendo; su elevada estatura le permitía destacarse en el grupo que lo rodeaba, todas las miradas están fijas en su fisonomía, que demuestra el cansancio consiguiente á tantas y tan variadas emociones físicas y morales, pero sus ojos brillantes y animados, demuestran la satisfacción que rebosa en su alma; para todos tiene una sonrisa, una frase amable, un recuerdo oportuno, y la alegría se observa en los rostros de aquellos á quienes dirige la palabra.

Poco á poco el club se desocupa y momentos después de retirarse Wipeelle vuelvè á tomar su aspecto habitual.

Cuando acabo de escribir estas líneas, dan las seis de la tarde; un triste presentimiento me asalta en este instante; si mis temores se realizan, buscad mi cuerpo en casa del Sr. Welping, bajo la forma de un loro.....

.....

—Ahora, señores—exclamó el juez de instrucción así que hubo concluído la lectura del manuscrito—sólo nos resta acabar de comprobar la exactitud de esta extraña historia, trasladándonos acto continuo á casa del Sr. Welping.

Así se hizo, el señor había salido y como dijéramos era lo mismo su esposa y que aún era á ella á quien teníamos que hablar, nos hicieron pasar á la sala en la que poco instantes después entraba la señora.

—Os pido disculpa por la molestia que os voy á ocasionar—dijo el juez--pero cumpliendo con mi obligación, debo proceder á interrogaros, pues se trata de un asunto muy grave.

—Estoy á vuestra disposición, doctor.

—Mil gracias, y ahora fijaos bien en lo que os voy á preguntar:

¿Es cierto que á mediados del mes pasado una de vuestras criadas os entregó un pequeño faldero que llevasteis á casa del Sr. Guecharri ?

—Enteramente, cierto doctor, me acuerdo muy bien de ello, porque ese día fué

precisamente el del baile de los señores Guechasrri, á donde llevé el falderillo.

—Bien. ¿Recordáis también que el día 25 ó 26, más ó menos, un gato fué echado á palos de vuestras habitaciones?

—Sí por cierto y quién lo descubrió fué Zapaquilla, la gata de casa; nunca he sabido cómo ni cuándo se había introducido ese animal.

—Ya lo sabréis, pero antes y para concluir, ¿no podéis informar si unos cinco ó seis días atrás fué hallado muerto un loro en vuestra habitación ó cerca de ella?

—¿Un loro? Cómo no, ¡pobrecito! Aun no puedo desechar la impresión que me causó el incidente.

El lunes como á las nueve de la noche, en momentos de hallarme acostando al nene, sentí un ruido extraño en el interior de la pieza, algo así como cuando se hacen pasar con el dedo ligeramente las hojas de un libro, no me daba cuenta cuál pudiera ser la causa del ruido, cuando el nene exclamó:—Mira, mamá, el pájaro que está parado allí.—Alcé la vista y

efectivamente en la parte más alta de la camita, ví con extrañeza se hallaba un loro, el cual apenas vió que lo miraban, empezó á aletear pronunciando repetidas veces mi nombre.

No salía de mi asombro, ¿por dónde había entrado? la puerta que daba al patio, estaba cerrada, y luego, ¿cómo sabía mi nombre?

Iba á llamar á los criados, cuando abandonando el lugar que ocupaba, fué á colocarse sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada, pero aun no se había asentado del todo, cuando Zapaquilda, la gata, que lo había estado acechando, le clavó sus uñas y dientes; el pobre animalito no exhaló un gemido, hizo un esfuerzo desesperado y desprendiéndose de las garras de su verdugo, rodó hasta mis faldas, en donde quedó muerto, regando mis vestidos con su sangre.

Hace una semana de esto, y sin embargo, recuerdo como si la viera la triste mirada que pareció dirigirme en el momento de morir. ¡Dios mío, qué expre-

sión! si tenía algo de humana, ¡ah! no lo puedo olvidar.

—Señora—dijo el Juez inclinándose—tengo el sentimiento de comunicaros la muerte del Dr. Alreves; este manuscrito que podéis leer os dirá cómo tuvo lugar.

La Sra. de Welping se levantó del asiento pálida como un cadáver, dió algunos pasos y se desplomó sin sentido; corrí á recibirla en mis brazos y..., efectivamente tenía entre mis brazos á la señora de Welping, mi querida esposa, que con ansiosa mirada, esperaba llena de sobresalto saliera de la especie de letargo en que había caído.

En cuanto al doctor..., ser fantástico, producto de un sueño, fué la causa que convirtió en un marido modelo al calavera más recalcitrante. De vosotros, amables lectores, muy S. S.,

ARTURO WELPING.

(Claro Talvez)

